



Dios Te Salve, Reina y Madre:

La Biblia en la Virgen María



**CENTRO SAN PABLO
DE TEOLOGÍA BÍBLICA**

Leyendo la Biblia en el corazón de la Iglesia



Abreviaturas de los Libros De La Biblia Usadas en Este Texto, en orden Alfabético:

Abd.	Abdías	Jon.	Jonás
Ag.	Ageo	Jdt.	Josué
Am.	Amós	Jud.	Judit
Apoc	Apocalipsis	Jue.	Jueces
Bar.	Baruc	Jud.	Judas
1 Cor.	1º Corintios	Lam.	Lamentaciones
Col.	Colosenses	Lev.	Levítico
1 Cro.	1º Crónicas	1 Mac.	1º Macabeos
Cant	Cantar De los	Mal.	Malaquías
Dan.	Daniel	Mc.	Marcos
Deut.	Deuteronomio	Mt.	Mateo
Ecles.	Eclesiastés	Miq.	Miqueas
Eclo.	Eclesiástico	Nah.	Nahum
Ef.	Efesios	Neh	Nehemías
Esd.	Esdras	Num.	Números
Est.	Ester	Os.	Óseas
Ex.	Éxodo	1 Pe.	1º Pedro
Ez.	Ezequiel	Pro.	Proverbios
Fil.	Filipenses	1 Re.	1º Reyes
Flm.	Flemón	Rom.	Romanos
Gal	Gálatas	Rut	Rut
Gen.	Génesis	1 Sam.	1º Samuel
Hab	Habacuc	Sal	Salmos
Heb.	Hebreos	Sab.	Sabiduría
Hech.	Hechos	Sof.	Sofonías
Is.	Isaías	Sant.	Santiago
Jer.	Jeremías	1 Tes.	1º Tesalomicensa
Jn.	Juan	1 Tim.	1º Timoteo
1 Jn.	1º Juan	Tit.	Tito
Jo.	Joel	Tob.	Tobías
Job	Job	Zac.	Zacarías



Primera Lección

Una introducción bíblica a María

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN:

- Entender las bases del testimonio del Nuevo Testamento sobre María
- Apreiciar cómo el Antiguo Testamento forma el marco referencial de lo que el Nuevo Testamento enseña de María.
- Entender la “tipología” y su importancia para la lectura de los textos del Nuevo Testamento acerca de María.

LECTURAS:

- *Dios Te Salve Reina y Madre*: Introducción y Primer Capítulo
- Lucas 1:26-38
- Mateo 1:18-25
- Marcos 6:1-6
- Juan 2:1-11; 19:25
- Hechos 1:14

ESQUEMA DE LA LECCIÓN:

- I. De la Escritura al Credo
 - María en el Nuevo Testamento
 - María en la Doctrina y Devoción
- II. La Virgen María en el evangelio de san Mateo
 - “De ella nació...”
 - “...Por medio del Espíritu Santo”
- III. La Virgen María en el evangelio de San Lucas
 - “El Señor está contigo”
 - “La esclava del Señor”
- IV. Interpretando como Jesús
 - Sentido literal, histórico, divino
 - Tipología y María
- V. Preguntas para compartir



I. De la Escritura al Credo

María en el Nuevo Testamento

Lo que dice el Nuevo Testamento sobre María ocupa sólo unos pocos versículos. Se enfocan en ella diversos pasajes de los evangelios, y se hace referencia a ella una vez en los Hechos de los Apóstoles.

En las Escrituras, María aparece en cada etapa de la vida de su Hijo: su concepción y nacimiento; su niñez; al inicio de su ministerio; al pie de la cruz, y después de su resurrección y ascensión. Sin embargo en la mayoría de estos casos, solamente se menciona la presencia de María sin decirse mucho sobre ella. Básicamente, esto es lo que podemos aprender de las Escrituras.

Un ángel anunció que María concebiría a Jesús por el poder del Espíritu Santo (cfr. Lc. 1:26-38). Durante el embarazo, hizo una visita larga a su pariente Isabel (cfr. Lc. 1:39-56).

Dio a luz a Jesús en Belén (cfr. Mt. 1:18-25), y estuvo con Él cuando los magos (Mt. 2:10) y los pastores (Lc. 2:15-20) le rindieron homenaje. Bajo la amenaza de peligro, se fugó con su recién nacido y con José, su esposo, hacia Egipto (cfr. Mt. 2:14).

Regresa a Nazaret donde vive los años de crecimiento y vida oculta de Jesús (cfr. Mt. 2:19, Lc. 2:39).

María presentó a Jesús en el Templo (cfr. Lc. 2:23,33-35). Más tarde, cuando Él tenía doce años, lo encontró allí mismo enseñando (cfr. Lc. 2:48-51).

María estuvo también en la boda de Caná donde Jesús hizo su primer milagro (cfr. Jn. 2:1-11). También estuvo ella en Nazaret cuando Él fue rechazado por su propio pueblo (Mt. 13:54-58; Mc. 6:1-6).

Ella lo vio morir en la Cruz (cfr. Jn. 19:25-28), y estuvo entre los reunidos con los apóstoles en Jerusalén esperando Pentecostés y el envío del Espíritu Santo (cfr. Hech. 1:14).

Hay también algunas menciones indirectas a la Virgen María en el Nuevo Testamento. Una mujer anónima le grita a Jesús: “Bendito el seno que te llevó” (cfr. Lc. 11:27-28).

San Pablo la menciona, pero no por nombre (cfr. Gál. 4:4). Y aparentemente ella es la mujer descrita en la fantástica visión del último libro de la Biblia (Apoc. 11:19-12:18).



María en la Doctrina y Devoción

Si se cuentan las menciones indirectas, el Nuevo Testamento se refiere a María solamente catorce veces, mucho menos que a algunos de los apóstoles; san Pedro, por ejemplo, aparece mencionado 155 veces en los escritos bíblicos.

Entonces, ¿cómo es que ella es una de las dos únicas personas mencionadas por su nombre en el Credo de los Apóstoles (“nació de la Virgen María”)? ¿Cómo es que inspiró algunas



de las primeras liturgias y oraciones de la Iglesia; como también, algunos de los dogmas más controversiales y malentendidos?

Estas preguntas han sido la dificultad para muchos cristianos, que alegan no hallar un fundamento bíblico para justificar o comprender lo que los católicos creemos y oramos acerca de María.

O miran nuestras creencias y devociones como productos de una imaginación mal orientada, o las consideran Mariolatría - un culto falso que le quita gloria a Cristo y subvierte su obra de redención.

Desgraciadamente, muchos católicos devotos no hallan fácil explicar la conexión entre la María de la Biblia y la María de la doctrina y devoción católica.

Por esto es tan importante este curso.

Vamos a descubrir que cuando la Escritura habla sobre la Virgen María enseña mucho más de lo que observamos con nuestra primera impresión. Veremos porqué oraciones como el Ave María se componen en su mayoría con palabras bíblicas, y también cómo los dogmas y doctrinas de la Iglesia de son efectivamente, interpretaciones definitivas de las Escrituras acerca María.

De hecho, por el escrutinio de la Biblia vamos a encontrar las semillas, no solamente de devociones católicas como el rosario, sino también de los dogmas y doctrinas acerca de su Inmaculada Concepción, Asunción y Coronación como la Reina del Cielo.

La devoción católica a María, enraizada en el testimonio bíblico de los primeros seguidores de Cristo, está muy lejos de ser blasfemia o idolatría. Al terminar este curso, te vas a preguntar si, al contrario, no es blasfemia *no* honrar a la Virgen María como la obra maestra de Dios, la persona humana que en verdad más refleja la imagen de Dios (cfr. Gén. 1:27; Rom. 8:29; 1 Cor. 15:49)

Para apreciar bien las conexiones entre la María de las Escrituras y la María de la doctrina y devoción, necesitamos aprender a leer las Escrituras *con el sentido con que se escribieron*. Cuando así lo hacemos, descubriremos que aunque hay pocas referencias bíblicas a la Virgen María, son ricas y profundas en sentido divino.

II. La Virgen María en el evangelio de san Mateo

“De la que nació Jesús...”

Considere esto una “lección de lectura”. Vamos a aprender cómo leer de los mismos autores humanos del Nuevo Testamento. Empezamos simplemente por entender el “sentido literal” o literario de estos textos, lo que las mismas palabras escritas en el texto nos dicen de María.

La primera aparición de María en el Nuevo Testamento está en el primer capítulo, al final de la larga genealogía con que empieza el Evangelio de San Mateo. Ella es presentada así: “María, de la que nació Jesús, llamado Cristo” (Mt. 1:16).



Tenemos que leer estas palabras en su contexto. Son las últimas palabras del listado de antepasados que San Mateo reproduce para demostrar que Jesús es “Cristo, hijo de David, hijo de Abrahán” (Mateo 1:1).

Entonces, para entender el sentido literal de este texto sobre María, necesitamos saber algo sobre el Cristo, y también sobre David y Abrahán.

Abrahán fue el padre del pueblo escogido de Dios, Israel. Dios hizo una alianza con él, prometiendo que por su descendencia, “se bendecirán todas las naciones de la tierra” (Gén. 22:18).

Dios le prometió a Abrahán que reyes provendrían de su linaje (cfr. Gén. 17:6). Más tarde, Dios juró al Rey David que su reino nunca terminaría, que el hijo de David sería Su hijo y reinaría por siempre, no solamente sobre Israel sino también, sobre todas las naciones (cfr. 2 Sam. 7:12-13; Sal. 89:27-28; Sal. 132:4-5; 11-12).

Sin embargo el reino de David se derrumbó y el pueblo fue llevado al exilio (cfr. Mat. 1:11; 2 Re. 24:14).

Desde entonces, los profetas de Israel enseñaron la esperanza de un “Cristo” (o “Mesías” en hebreo). Se esperaba que él sería el hijo de Dios prometido a David, quien libraría a las tribus dispersas de Israel y las reuniría en un nuevo y eterno reino que sería la luz de las naciones (cfr. Is. 9:5-6; 49:6; 55:3; Ez. 34:23-25, 30; 37:25).

Leídas en este contexto, las pocas palabras que san Mateo escribe sobre María no son triviales. El evangelista, con una frase corta, ha puesto a María exactamente en el centro de la historia de Israel —la historia del pueblo de Dios—. *De ella* nació el *Cristo* por quien Dios cumpliría las promesas de su alianza con *Abrahán* y *David*.

Como madre del Rey-Mesías de Israel, María necesariamente está colocada en el centro de la historia humana, porque el fruto de su vientre será la fuente de la salvación del mundo. Por Cristo, nacido de María, Dios otorgó sus bendiciones divinas sobre todos los pueblos y naciones.



“...Por medio del Espíritu Santo”

San Mateo continúa este tema en los versos que siguen al decir que María “se encontró encinta por obra del Espíritu Santo” (Mt. 1:18-25).

Nos cuenta que la concepción de María por el Espíritu Santo cumple la promesa que Dios había hecho por el profeta Isaías —que una virgen “concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa, “Dios con nosotros” (cfr. Mt. 1:18, 22-23; Is. 7:14).

Esta era una profecía enigmática. No conocemos a nadie que en el tiempo de Jesús relacionara esta profecía con la venida del Mesías. Algunos rabinos dijeron que la profecía se cumplió en la vida del profeta Isaías, cuando nació el rey Ezequías.

Ezequías fue un poderoso reformador que “hizo lo recto a los ojos de Yahvé, exactamente



como David, su padre” (2 Re. 18 .3). Además, dice la Escritura, “El Señor estuvo con él” (cfr. 2 Re. 18:1-7; 2 Cro. 29-32).

Pero San Mateo parece decirnos que Ezequías, cuando más solamente fue un parcial e incompleto cumplimiento de la profecía de Isaías. El cumplimiento perfecto llegó con la concepción de Jesús en el vientre de María por medio del Espíritu Santo.

María es “la que dará a luz”, como dice Miqueas, en una profecía que San Mateo cita (cfr. Miq. 5:1-2; Mt. 2:6). Por María, la madre del muy esperado Mesías, “Dios está con nosotros (Emmanuel).”

De nuevo, para entender el sentido literal de este pasaje, tenemos que entender profundamente el contexto que San Mateo asume del Antiguo Testamento.

San Mateo espera que sus lectores escuchen en estas palabras la promesa que hace eco en toda la historia de la salvación —la promesa de la divina presencia, que Dios un día vendría a habitar con su pueblo (cfr. Is. 43:5; Zac. 8:23; 2 Cor. 6:16-18).

Se trata de una de las grandes esperanzas mesiánicas inspiradas por los profetas. Por mencionar uno, Ezequiel profetizó un nuevo Rey David y “una alianza eterna” en que Dios prometería: “Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Ez. 37:24-28; cfr. Apoc. 21:3).

Escuchamos ecos, de la profecía del Emmanuel de Isaías por todo el evangelio de San Mateo. Jesús repite varias veces que Él estará “con nosotros” hasta el fin de los tiempo (cfr. Mt. 18:20; 25:40,45; 26:26-28). Las últimas palabras de Jesús, en el primer evangelio, también hacen eco de la promesa: “Estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20).

La identificación en Mateo de la Virgen María con la virgen profetizada por Isaías, una vez más, la coloca en el centro del plan salvífico de Dios para Israel y para el mundo.

El sentido literal de este texto es que María es “la señal divina” que Dios había prometido hace mucho tiempo, la señal de su fidelidad a la eterna alianza con David, la señal de que Él ha venido a cumplir su plan para con toda la creación.

III. La virgen María en el evangelio de san Lucas

“El Señor está contigo”

Ahora consideremos el evangelio de san Lucas.

Queremos estudiar muy de cerca su narración sobre la Anunciación (cfr. Lc. 1:26-38).

De nuevo queremos sencillamente leer el texto literal en su contexto literario. Tal como está escrito, queremos saber qué nos dice este pasaje sobre María.

San Lucas, como San Mateo, presenta a María como una virgen desposada con José, un descendiente de David. Es saludada por el arcángel Gabriel: “Alégrate, favorecida de Dios



el Señor está contigo.”

La palabra que utiliza el ángel, traducida a veces: “Dios te salve” o “alégrate”, es una de las que los profetas ocuparon para predecir al pueblo el gozo que traía la venida del Mesías (cfr. Jo. 2:23-24; Zac. 9:9).

De hecho, parece que el anuncio del ángel es sacado palabra por palabra de una profecía de Sofonías (cfr. Sof. 3:14-18).

<u>Lucas 1</u>	<u>Sofonías 3</u>
Alégrate, llena de gracia	Grita alborozada, hija del Sion
El Señor está contigo	El Señor, El Rey de Israel está en medio de ti.
No temas María	Ya no tendrás que temer
Vas a concebir en el seno...	Tu Dios está en medio de ti
El hijo del Altísimo	Un poderoso salvador

Parece que Lucas está presentando a María como Hija de Sión -la representante de su pueblo- llamada a regocijarse porque Dios, su Salvador y Rey, ha venido a ella.

Entonces en san Lucas, como en san Mateo, vemos las esperanzas históricas de Israel concentradas en la persona de María. Las palabras que los profetas enseñaron a Israel anhelar oír –“Digan a la hija de Sión: Mira, ya llega tu Salvador” (Is. 62: 11)- ahora son oídas por María.

El ángel también dice a María que su Hijo será el “Hijo del Altísimo”; y se le dará “el trono de David su padre”.

Para entender el sentido literal de este pasaje, necesitamos volver al Antiguo Testamento y a la historia de la alianza de Dios con David.

De hecho, en las palabras del ángel, escuchamos ecos de la alianza entre Dios y David (cfr. 2 Sam. 7:12-16; Sal. 89:4-5; 27-30).

Dios juró que el hijo de David “será un hijo para mí”. Y el ángel le promete a María que su hijo iba ser “Hijo del Altísimo,” otra manera de decir: “Hijo de Dios” (cfr. Mc. 5:7; Lc. 1:35; 8:28).

También, Dios juró a David que su hijo se sentaría sobre su trono y reinaría “por los siglos.” El ángel promete a María que su hijo se sentará en "el trono de David su padre... por siempre."

María es presentada aquí como la “señal” de que Jesús es el muy esperado Mesías de la casa de David.



“La esclava del Señor”

Nos enfocaremos en otros elementos de la historia de la Anunciación de san Lucas en futuras lecciones. Por ahora, saltaremos a la conclusión de la narración del evangelista.

María ha preguntado cómo ella, siendo virgen, concebiría el niño prometido por el ángel. Responde el ángel: “porque nada es imposible para Dios” (cfr. Lc. 1:37). También, estas palabras están cargadas con referencias a pasajes del Antiguo Testamento. Un ángel le dijo a Sara, la esposa de Abrahán, casi estas mismas palabras cuando esta se rió de la idea que en su vejez concebiría al hijo que Dios le había prometido a Abrahán (cfr. Gén. 18:14).

Parece que San Lucas está enseñándonos que María, también, es llamada a dar a luz a un hijo prometido de la alianza con Dios.

A través de un escrutinio de la lectura de la narración de la Anunciación en san Lucas, podemos escuchar los ecos de varios nacimientos milagrosos en la historia de la salvación.

Además del nacimiento de Isaac de su madre Sara, escuchamos ecos de la concepción de Rebeca de los gemelos Jacob y Esaú (cfr. Gén. 25:21-22); la concepción de José por Raquel (cfr. Gén. 29:31; 30:22-24); y la concepción de Sansón por la mujer de Manoa (cfr. Jue. 13:2-7).

La respuesta de María al ángel evoca también la historia de otra mujer estéril que halló favor con Dios, Ana, la madre de Samuel (cfr. 1 Sam. 1:11, 19-20).

Al presentarse como “la esclava del Señor,” María nos recuerda el voto de Ana, que pidió un hijo a Dios, prometiendo consagrarlo al Señor.

Tres veces Ana se describe como “la esclava” del Señor (cfr. 1 Sam. 1:11, 16, 18).

Entregado al Señor por su madre agradecida (cfr. 1 Samuel 1:11, 22, 2:20), Samuel se hizo un sacerdote-profeta justo y santo, y un profeta escogido por Dios para ungir a David como rey.

Al describirse como la esclava del Señor, María, está prometiendo dedicar su niño a Dios. Su hijo también será un profeta y sacerdote santo, Él mismo ungido como rey davídico.

IV. Interpretando como Jesús

Sentido literal, histórico, divino

¿Qué aprendemos de nuestra interpretación literaria de estos textos marianos en san Mateo y san Lucas? Primero, la lectura literaria nos da el conocimiento de una verdad histórica: el nacimiento de Jesús de una virgen por medio del Espíritu Santo.

A la vez esta verdad histórica nos comunica un sentido divino. Los eventos históricos, y la manera en que estos eventos fueron narrados, nos transmiten mucho más que datos



informativos. Revelan la existencia de un plan divino de salvación, que Dios va realizando en la historia humana.

San Mateo y san Lucas presumen en sus narraciones la existencia de una Economía o Provisión divina, en que los votos de la Alianza que Dios juró a Abrahán y a David siglos antes, están destinados a encontrar su perfecto cumplimiento en la venida de Cristo.

De hecho, san Mateo y san Lucas parecen ver un hilo de oro conectando los eventos, figuras e instituciones del Antiguo Testamento con los del Nuevo Testamento.

La razón por la que los evangelistas cuidadosamente citan la Biblia y aluden al pasado de Israel, es revelar esa unidad entre el Antiguo y Nuevo Testamentos; demostrando cómo lo que pasa en María es la continuación y culminación de lo anterior.



Tipología y María

Esta manera de leer y escribir se llama *tipología*. Es clave para entender lo que la Biblia nos quiere decir sobre María.

La tipología es la manera en que Jesús enseñó a los Apóstoles a leer el Antiguo Testamento.

Él se refirió a Jonás (cfr. Mt. 12:39-41), Salomón (cfr. Mt. 12:42), el Templo (Jn. 2:19) y la serpiente de bronce (cfr. Jn. 3:14) como “tipos” o signos que eran figuras de Él.

La primera noche de Pascua, Jesús dijo: “Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí” (Lc. 24:44-45)

Les enseñó que las personas, lugares, cosas y eventos del Antiguo Testamento fueron escritos como preparación para Él.

Jesús y los Apóstoles estaban familiarizados con esta manera de leer el Antiguo Testamento y las lecturas litúrgicas que escuchaban en la sinagoga. En los escritos de los profetas y en los salmos, encontramos frecuentemente interpretaciones “tipológicas” de eventos previos, siempre con la idea de preparar a Israel para la venida de su Salvador.

Isaías habló de una nueva creación (cfr. Is. 65:17) y un nuevo éxodo (cfr. Is. 11:10-11, 15-16; 43:16-22; 51:9-11).

Él y otros, notablemente Ezequiel y Jeremías, hablaron de la venida del Nuevo Pastor - Rey de la casa de David y la restauración del reino (cfr. Is. 9:1-7; Jer. 23:5-6; Ez. 16:59-63; 34:24-30; 37:23-28).

Los autores del Nuevo Testamento vieron en estas grandes “tipologías”—la creación, el éxodo y el reino- alianza de David—gloriosamente recapitulados en la Nueva Alianza de Jesús.

Jesús era el Nuevo Adán, el primogénito de la nueva creación (cfr. Rom. 5:14; 1 Cor. 15:21-22; 45-49). Su Cruz y Resurrección representaban un nuevo éxodo (cfr. Lc. 9:31; 1 Cor. 10:1-4). Su Iglesia es la Nueva Jerusalén y el Nuevo Reino de David (cfr. Gál. 4:26; Hech.



1:6-9; 1 Pe. 2:9; Apoc. 1:6).

Como veremos en las lecciones venideras, los autores del Nuevo Testamento también desarrollaron un entendimiento “tipológico” del papel de María en la historia de la salvación —como la Nueva Eva, la Nueva Arca de la Alianza, y la Nueva Reina Madre del Reino de Dios.

Lo que encontraremos es que María es presentada misteriosamente e inseparable de la misión salvífica de su Hijo. Lo hemos visto ya en la repetición en san Mateo de la frase: “el niño con su madre” (cfr. Mt. 1:18; 2:11, 13, 14, 20, 21)

Así es como María fue retratada en una de las primeras profesiones de fe bíblica: “Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos” (Gál. 4:4-5).

Lo que el Nuevo Testamento dice sobre María llena sólo unos cuantos versículos. Sin embargo, nos dice todo lo que necesitamos saber: María fue santificada, destinada desde toda la eternidad a dar a luz al Verbo hecho carne, el Hijo unigénito de Dios, y ser coronada madre de todos los que entran en el Reino de Cristo.

V. Preguntas para compartir

- ¿Qué leemos en el Nuevo Testamento sobre María en la concepción de Jesús? ¿En su nacimiento? ¿Al inicio de su ministerio? ¿Después de su resurrección?
- ¿Cómo da a entender san Mateo la posición central de María en la historia de Israel? ¿En el centro de la historia humana?
- ¿Cómo enseña san Lucas que María es la Hija de Sión? ¿A cuál madre del Antiguo Testamento nos recuerda María cuando dice que es “la esclava del Señor”?
- ¿A cuál alianza bíblica nos refiere la narración de la Anunciación en san Lucas?
- ¿Qué quiere decir “tipología”? ¿Cuáles son los orígenes de la lectura tipológica de la Biblia



Para la reflexión personal

- ¿Se refleja en tu oración y devoción que María es la más “bendita entre las mujeres”?
- ¿Cumple con la profecía del Nuevo Testamento de que todas las generaciones la llamarán bienaventurada? (cfr. Lc. 1,42, 46; 11:27-28)



Segunda Lección

La Boda en Caná; El Jardín de Edén

OBJETIVOS:

- Appreciar el simbolismo del Antiguo Testamento que está detrás de la narración de la Boda de Caná en el evangelio de san Juan.
- Entender cómo se dibuja a María como la “Nueva Eva” en esta narración.
- Ver la importancia del simbolismo matrimonial en el Antiguo Testamento en la narración Joanina del “signo” en Caná.

LECTURAS:

- Dios te Salve, Reina y Madre: Capítulo Dos
- Juan 2:1-12
- Juan 19: 26-27
- Apocalipsis 12
- Génesis 1-3

ESQUEMA DE LA LECCIÓN:

I. La Virgen María en el Evangelio de San Juan

- Primera Lectura
- Señal de una nueva creación

II. La Madre de Jesús

- ¿Jesús Reprocha a María?
- La Mujer de la Revelación

III. La Nueva Eva

- Madre de todos los vivientes
- La boda del Mesías
- La Novia de la Nueva Alianza

IV. Preguntas para compartir



I. La Virgen María en el Evangelio de San Juan

Una Primera Lectura

En la primera lección reconocimos la escasez de referencias directas a la Virgen María en el Nuevo Testamento.

En esta lección y en la próxima veremos dos de las tres escenas del Evangelio en las que se destaca el papel de la Virgen María.

Muchos, sino la mayor parte, de los acontecimientos evangélicos tienen narraciones paralelas en otro o en todos los demás evangelios. Por ejemplo, san Mateo, san Marcos y san Lucas relatan la historia de la Última Cena y la Institución de la Eucaristía. Los cuatro evangelios narran el Bautismo de Jesús.

Los pocos acontecimientos que tienen que ver con María son muy diferentes. Cada uno es único en el evangelio donde se encuentra, sin paralelo en otro. Por ejemplo, solamente san Lucas nos narra la Anunciación que estudiamos tan detenidamente en la lección anterior. San Mateo hace alusión a esto, pero sin dar mayor detalle. San Marcos y san Juan no dicen nada sobre la escena.

Igualmente, la narración que estudiamos en esta lección -la boda de Caná en Galilea- es algo que solamente se encuentra en el evangelio de san Juan (cfr. Jn. 2:1-12).

A primera vista, es un sencillo relato de un milagro de Jesús: cambiar el agua en vino. El papel de María en este acontecimiento parece limitarse a indicar a Jesús que se acaba el vino.

Sin embargo, como vimos en la última lección, cuando se trata de la Virgen María, la escritura dice más de lo que aparenta a primera vista.



La Señal de una Nueva Creación

La primera pista de que hay un sentido más profundo se encuentra en la frase con que empieza la narración, “tres días después”. Esto nos recuerda el contexto del acontecimiento: algo ha pasado antes.

El milagro de Caná concluye una serie de acontecimientos que empezaron en el primer capítulo del evangelio de San Juan. Comienza su evangelio evocando la historia de la creación que encontramos en el primer libro de la Biblia. Hasta sus primeras palabras son las mismas primeras palabras de Génesis: “En el principio” (cfr. Jn. 1:1; Gén. 1:1).

Es probable que los primeros versículos del evangelio sean una adaptación de un antiguo himno de los primeros cristianos (cfr. Jn. 1:1-5,9-18).

Hay semejanzas muy llamativas entre el himno de Juan y partes de otros himnos “cristológicos” que se han podido identificar en el Nuevo Testamento. Como estos, el himno al inicio del Evangelio de san Juan identifica a Jesús como Dios, por quien todas las



cosas fueron creadas y que se manifiesta en la carne para ser exaltado o para revelar su gloria (cfr. Juan 1:1-5, 9-18; Fil. 2:6-11; Col. 1:15-20; 1 Tim. 3:16; Heb. 1:2-5).

Así como hemos escuchado en los primeros versículos del Génesis que Dios creó la luz y la separó de las tinieblas, se nos describe también en el comienzo del evangelio de san Juan que Jesús es una luz que brilla en las tinieblas.

El Génesis nos muestra al inicio: “El Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas” (cfr. Gén. 1:2. Nota: la Biblia de Jerusalén traduce “un viento de Dios”, pero es mejor y más literal la traducción, “Espíritu de Dios”). Juan, a la vez, nos muestra el Espíritu que baja sobre las aguas del Jordán en el Bautismo de Jesús (cfr. Jn. 1:32-33).

Hay más paralelismos. Ponga atención en cómo san Juan imitando el Génesis habla de “al día siguiente” (cfr. Jn. 1:29; 1:35; 1:43). El primer día, se presenta a Juan el Bautista, el segundo día es bautizado Jesús. El tercer y cuarto día se nos relata que Jesús llama a sus primeros discípulos. Caemos en la cuenta que san Juan está narrando los siete días de “una semana de inauguración”.

San Juan quiere que veamos la venida de Jesús al mundo como *una nueva creación*. En esta nueva creación, un nuevo pueblo de Dios nacerá por la fe en Jesús y por el poder del agua y del Espíritu en el Bautismo (cfr. Jn. 1:12; 29-34; 3:5).

María hace su entrada en el séptimo día de la nueva creación de san Juan, o sea, el tercer día después de la llamada de Natanael, que sucedió el cuarto día.

El séptimo día es la culminación de la creación en el Génesis, cuando la creación es completada, santificada y perfeccionada. El Sábado es instituido como “señal perpetua” de la “alianza eterna” entre Dios y la creación (cfr. Éx. 31:16-17).

La misma palabra en griego para “señal”, que fue aplicada al sábado, se halla en la historia de Caná. Lo que Jesús hace en Caná, es calificado como el principio de sus “señales” o “signos” (cfr. Jn. 2:11).

II. La Madre de Jesús

¿Jesús Reprocha a María?

Leído en su contexto, entonces, vemos que María es presentada precisamente en el momento del nuevo sábado (séptimo día), de la nueva creación. Como el sábado fue el signo de la primera alianza de Dios, María es parte del “signo” de la nueva y eterna alianza de Dios con su nueva creación.

En la historia de la creación solo a Dios se menciona por nombre. El primer hombre y la primera mujer son identificados no por nombre sino como “el hombre” y “la mujer.”

Lo mismo vemos en la narración de la boda de Caná. Solo se nombra a Jesús. Nunca se nombra a María. El evangelista solo se refiere a ella como “la madre de Jesús” y el Señor le dice, “Mujer.”

Este es otro indicador de que Juan quiere que descubramos una conexión más profunda y



más simbólica entre lo que ocurre en Caná y la historia del Génesis.

No debemos olvidar este sentido más profundo cuando tratamos de entender las partes complicadas y difíciles de la narración.

Lo más difícil de entender es la respuesta de Jesús a María: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.”(cfr. Jn 2,4)

Muchos no-católicos han usado este texto para “probar” que la devoción católica a María no está de acuerdo con las Escrituras. Jesús, argumentan, obviamente quiere distanciarse de María en este pasaje. Hasta parece que la reprocha.

Esta interpretación no resiste un estudio cuidadoso. Es verdad que a nuestros oídos, suena como si Jesús está diciendo a María que no debe meterse en sus asuntos y que no le importa si se acabó el vino.

Pero tenemos que recordar que el Evangelio no fue escrito en español. Fue escrito en griego y además narra un diálogo de gente que hablaba en dialecto hebreo.

En realidad, la frase que Jesús ocupa (literalmente: “qué a ti y a mí”) es un modismo común en el griego y hebreo de su época.

La frase tiene variaciones de sentido en el Antiguo y Nuevo Testamento.

Sin embargo, en cada caso bíblico donde se encuentra, la frase expresa una situación semejante a la de Caná: Alguien es reacio o se niega a hacer algo y siente que no es asunto suyo involucrarse en esa situación.

Algunas veces, la frase implica hostilidad entre dos partidos (cfr. Jue. 11:12; 2 Cró. 35:21; 1 Re. 17:18, Mc. 1:24; 5:7; Lc. 8:28). Otras veces expresa un simple desacuerdo o diferencia de opinión (cfr. 2 Re. 3:13; Os. 14:8).

Con este fondo ¿cómo debemos entender el uso que Jesús da a la frase? Primero, notamos que no hay evidencia, en ninguna parte del evangelio de san Juan o en el resto del Nuevo Testamento, que implique que Jesús sentía hostilidad hacia su madre.

Jesús no tenía pecados (cfr. Heb. 4:15). Entre otras cosas, esto quiere decir que Él siempre era fiel al cuarto mandamiento: honró y obedeció a sus padres (cfr. Lc. 2:51).

Tampoco encontramos ninguna evidencia en el episodio de Caná que indique separación o tensión entre Jesús y María. De hecho, se habla de ella, cuatro veces en doce versículos, como “la madre de Jesús.”

Tal vez, la mejor evidencia de lo que Jesús quiso decir, se encuentra en la reacción de María a sus palabras. Ella se vuelve a los sirvientes y les dice:”Hagan lo que Él les diga.”

Claramente, ella no toma la respuesta de su Hijo como algo cortante. Y si hubiera Jesús tenido la intención de reprochar a su madre, es evidente que no habría cumplido con su petición de intervenir.



La Mujer del Apocalipsis

El verdadero drama —y también su significado más profundo— consiste en que Jesús se dirige a María como “mujer”.

En polémicas anti-católicas, esto es citado como evidencia de una falta de afecto de Jesús hacia su madre. Insistimos, no hay razón en ninguna parte del evangelio de san Juan para sacar semejante conclusión.

Jesús frecuentemente se dirige a las mujeres de esta misma manera (cfr. Mt. 15:28; Lc. 13:12; Jn. 4:21; 8:10; 20:13). En todos los casos esta forma de hablar es educada y respetuosa.

Es, sin embargo, muy fuera de lo común que se dirigiera a su propia madre así. De hecho, en ninguna parte de la Biblia o literatura de ese tiempo tenemos un ejemplo de un hijo que se refiera a su madre como “mujer”.

Esto sugiere, fuertemente, que dicha palabra tiene un sentido simbólico para Jesús y para Juan. De hecho, esta es la única manera en que Jesús se refiere a la Virgen María en el evangelio de san Juan. Obsérvese que en la Cruz, cuando Jesús está muriendo y confía su madre a su amado apóstol Juan, él también la llama “mujer” (cfr. Jn. 19:26).

Para entender qué está pasando en Caná, necesitamos recordar el gran marco de san Juan: la nueva creación.

En la primera creación, “mujer” fue el nombre que Adán dio a Eva (cfr. Gén. 2:23) y como veremos, san Juan quiere que entendamos “mujer” en Caná como la Nueva Eva y Jesús como Nuevo Adán.

Esta interpretación es reforzada cuando vemos otra obra atribuida a san Juan, el libro del Apocalipsis. En Apocalipsis, otra “mujer” misteriosa está en el centro de una gran batalla cósmica, y es descrita como una “señal” que Juan ve en el cielo (cfr. Apoc. 12:1).

Como en el evangelio de san Juan, el libro del Génesis está de fondo en la escena de Apocalipsis 12. El drama aquí se desarrolla se realiza con una promesa hecha por Dios en el jardín del Edén.

Después que Adán y Eva comieron la fruta (cfr. Gén. 3), Dios promete que a lo largo de toda la historia de la humanidad habrá enemistad entre la serpiente y la mujer; y entre el linaje de la mujer y el de la serpiente. Además, prometió que se realizará una lucha decisiva y que el hijo varón de la mujer “aplastará la cabeza” de la serpiente (cfr. Gén. 3:15).

En el Apocalipsis, la “mujer” representa el papel asignado a Eva. “Con dolor” dará a luz un hijo varón, mientras una serpiente enorme, identificada explícitamente como la del Génesis (cfr. Apoc. 12:9), está esperando para devorarlo.

El Hijo varón de la mujer es identificado como el muy esperado Mesías quien “ha de regir a todas las naciones” (cfr. Apoc. 12:5 y Sal. 2:9). Ese solamente podría ser Jesús y entonces, la mujer solamente podría ser su madre, María.



Cuando el niño nace y es arrebatado al cielo, la serpiente hace guerra contra el “resto de sus hijos”. La referencia tiene que ser a la Iglesia, el pueblo de Dios—“los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (cfr. Apoc. 12:17).

Por esto la mujer del Apocalipsis, desde los primeros días de la Iglesia, ha sido interpretada como un símbolo de la Virgen María y de la Iglesia.

¿Cómo nos ayuda esto a entender la historia de Caná?

En primer lugar, porque la historia de la creación del Génesis es el telón de fondo de Caná, y en el Apocalipsis. También aquí María es llamada “mujer”.

De igual forma, María en Caná es presentada como “la madre” del Mesías (Jesús), igual que en Apocalipsis.

También ella está vinculada con los discípulos de Jesús, como la mujer del Apocalipsis es la madre de los que “mantienen el testimonio de Jesús”.

De hecho, en Caná, la Virgen María es la persona que provoca el milagro que manifiesta la gloria de Cristo y hace que sus discípulos crean en Él (cfr. Jhn. 2:2,11).

Es interesante notar, que la otra y única vez que aparece la Virgen María en el evangelio de san Juan – al pie de la cruz— se refiere a ella como madre de la Iglesia. Jesús la llama “madre” de su discípulo amado, el apóstol Juan, y, por aplicación lógica, madre de todos sus discípulos (cfr. Jn 19:26-27).

III. La Nueva Eva

Madre de todos los vivientes

En su historia de la “nueva creación”, entonces, san Juan quiere que veamos a la Virgen María como la Nueva Eva.

En Caná, la Nueva Eva revierte radicalmente la decisión de la primera Eva. La primera mujer indujo al primer hombre a cometer su primer acto malo en el jardín. En la boda de Caná, la nueva mujer induce al Nuevo Adán a hacer su primera obra gloriosa.

La primera Eva le aconsejó a Adán desafiar a Dios y comer la fruta prohibida. La Nueva Eva le trae las necesidades de la gente a su Hijo y les enseña a obedecerle en fe—“Hagan lo que les diga” (Jn. 2:5).

La primera Eva fue la madre de todos los vivientes (cfr. Gén. 3:20). La Nueva Eva al enseñar a los discípulos y a los sirvientes a creer en Jesús, se vuelve la madre de la Iglesia, los hijos de Dios (Jn. 1:12; 19:26-27).



La Boda del Mesías

Como el sábado fue señal de la primera alianza de Dios con su creación, así también, la boda de Caná, con sus fieles servidores y la abundancia milagrosa del vino, es señal de la nueva alianza con Dios.

En la primera alianza, podemos ver la unión matrimonial entre un hombre y una mujer, Adán y Eva (Gén. 2:23-24). En la nueva alianza, tenemos un hombre nuevo y una mujer nueva presentes en un banquete de bodas.

Claro, María es la madre de Jesús, no su novia. Sin embargo, para entender la profundidad sobrenatural del simbolismo bíblico que san Juan nos da en este pasaje, tenemos que leerlo con una perspectiva sobrenatural también.

Como “la mujer”, María se vuelve la representante de una serie de símbolos y expectativas bíblicas. Ella es, simultáneamente, Hija de Sión (Israel), madre del nuevo pueblo de Dios, y la novia de Dios.

Hay que notar que *no* se menciona en la narración de san Juan la pareja que se casa. ¿No resulta extraño que se describa una fiesta de boda sin describir al novio y la novia?

Cuando el mayordomo prueba el vino, sus palabras al novio parecen estar dirigidas a Jesús: “Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora” (Jn. 2:10).

San Juan hace hincapié de esto cuando dice inmediatamente: “Tal comienzo de sus signos hizo Jesús...” (Jn. 2:11).

Juan evoca una tradición muy enraizada del Antiguo Testamento. El “signo” que él está enfatizando aquí es que Dios cumple su promesa de venir como el novio divino de Israel y casarse con su pueblo para una nueva y eterna alianza.

Vemos esta promesa de las “nupcias mesiánicas” desarrollarse cada vez con más intensidad en los escritos de los profetas (cfr. Ós. 2:16-25; Jer. 2:1-2; 3:1,6-12; Ez. 16; Is. 50:1; 54:4-8; 62:4-5), en ciertos salmos (cfr. Sal. 45) y también en otros escritos del Antiguo Testamento (cfr. Cantar de los Cantares).

En Oseas tenemos la descripción más clara de las intenciones divinas. En el libro de ese profeta, hay un lenguaje que nos recuerda al Génesis: Dios promete una nueva alianza con la creación que se cumplirá en su casamiento con Israel para siempre (cfr. Os. 2:20-21; Gén. 1:20-21, 24-25).

Tanto en Oseas como en otros escritos, las bendiciones mesiánicas de la nueva alianza son representadas y acompañadas con “vino nuevo” (Os. 2:23; Am. 9:13-14; Jo. 2:19,24; 4:18; Zac. 9:16-17; 10:7; Is. 25:6).

En el Cantar de los Cantares, vemos simbólicamente descritas la boda de Dios con su pueblo, también el signo de su comunión gozosa es el vino (cfr. Cant. 1:2,4; 4:10; 5:1; 7:3,9; 8:2).



La Novia de la Nueva Alianza

En Caná, entonces, Juan está presentando a Jesús como el Mesías, el divino novio y proveedor del vino nuevo en las bodas de la Nueva Alianza.

De nuevo, nuestra interpretación se justifica mirando el Apocalipsis de san Juan que concluye con una celebración cósmica de nupcias. Es la “fiesta de bodas del Cordero” entre Cristo y su novia, la Iglesia (cfr. Apocalipsis 19:9; 21:9; 22:17); en este libro, también, la fiesta de bodas marca el culmen de una nueva creación—un nuevo cielo y una nueva tierra (cfr. Apoc. 21:1).

En otra parte del evangelio de san Juan, Jesús es identificado explícitamente como “Cordero de Dios” (cfr. Jn. 1:29,39) y como el novio (Jn. 3:29).

En Caná, san Juan revela a Jesús como el nuevo Adán, el primogénito de la nueva creación.

Lo que Juan insinúa aquí es aclarado en otra parte del Nuevo Testamento. San Pablo llama a Jesús “figura” de Adán (cfr. Rom. 5:14) y el nuevo y último Adán (cfr. 1 Cor. 15:21-22, 45-49).

En Caná, la Virgen María es la “novia” del Nuevo Adán, y la madre de la nueva creación.

Es significativo que el único “voto” expresado en la boda de Caná son las palabras que la Virgen María les dice a los sirvientes: “Hagan lo que Él les diga.” En las palabras de María escuchamos el eco lejano de las tradiciones de la alianza de Israel. Casi la misma frase es ocupada para describir la ratificación hecha por Israel de la alianza en el Monte Sinaí: “Haremos todo cuanto ha dicho el Señor” (Éx. 19:8; 34:3-7; Deut. 5:27).

Escuchamos frases muy semejantes también en la renovación de la alianza de Israel con Dios (cfr. Jas. 24:24; Éx. 10:12; Ne. 5:12).

Por tanto, las palabras que la Virgen María pronuncia en Caná representan un voto de alianza que ella dice a favor de los sirvientes y discípulos que expresan su aceptación de Jesús y su disposición de vivir por la fe en sus palabras.

El hecho que los sirvientes comparten su fe se refleja en la docilidad que san Juan enfatiza con la frase “y las llenaron hasta arriba” (Jn. 2:7).

IV. Preguntas para Compartir

- ¿Cómo compara san Juan la venida de Cristo con una “Nueva Creación” en el primer capítulo de su evangelio?
- ¿En Cuál día de la semana de la Nueva Creación de san Juan aparece María?
- ¿Cuando Jesús dice: “¿qué tengo contigo, Mujer?” está reprochando a su madre? Explica tu respuesta.
- ¿Qué significa el hecho de que Jesús se dirige a su madre como “mujer”?



- ¿Qué historia de la Biblia está detrás del simbolismo de Apocalipsis 12? Dé algunos ejemplos.
- ¿Qué simboliza la “mujer” en Apocalipsis, capítulo 12?
- ¿Cómo es que María, la “Nueva Eva” contrarresta lo que hizo la primera Eva?
- ¿Qué tradición del Antiguo Testamento es evocada por el “banquete de boda” de Caná?



Tercera Lección

El Arca de la Nueva Alianza

OBJETIVOS

- Ver el paralelismo que existe entre la visita de la Virgen María a santa Isabel y la entrada del Arca de Alianza a Jerusalén en tiempos del rey David.
- Entender cómo el libro de Apocalipsis ocupa la asombrosa imagen del Arca de la Alianza redescubierta para introducir la visión de la Madre de Cristo.
- Entender por qué los autores del Nuevo Testamento ven a la Virgen María como el Arca de la Nueva Alianza.

LECTURAS:

- Dios Te Salve Reina y Madre, Capítulo Tres
- Éxodo 25:1-22;
- 2 Samuel 6
- Lucas 1:39-56
- 2 Macabeos 2:4-8
- Apocalipsis 11:19-12:6

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. La Anunciación

- “... ¿Cómo será esto...?”
- “El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”

II. La Historia del Arca

- La presencia de Dios en medio de su pueblo
- David trae el Arca a Jerusalén
- ¿Perdida para siempre?

III. La Visitación

- Isabel y María
- El viaje de David y la visita de María

IV. El Arca en el Cielo

- El Arca reaparece en el cielo
- La Mujer vestida de sol
- ¿Qué hace a María el Arca de la Nueva Alianza?

V. Preguntas para Compartir



I. La Anunciación

“¿...Cómo será esto...?”

San Lucas da mucho más información sobre la Virgen María que los otros evangelistas. Por lo general, la información es sencilla y literal: las historias de la Anunciación, el Nacimiento, etc. Pero una parte de lo que san Lucas nos quiere decir lo comunica de manera más sutil, por medio de paralelismo de palabras e imágenes.

En la primera lección, miramos la historia de la Anunciación, cuando el arcángel Gabriel llegó a María para decirle que iba a concebir a un niño que heredaría el trono de David.

Naturalmente, María se sorprendió. Preguntó lo obvio: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (cfr. Lc. 1:34).

El arcángel Gabriel respondió que sería por el poder de Dios: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (cfr. Lc. 1:35).



“El Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”

La palabra traducida “cubrir con su sombra” no es usada en otra parte en el Nuevo Testamento. De hecho, ocurre solamente otra vez en toda la Escritura, en la traducción griega del Antiguo Testamento con la que Lucas estaba familiarizado.

El libro de Éxodo nos dice cómo Moisés puso el Arca de la Alianza en “la Morada”, el lugar santo en la gran Tienda que serviría como la morada de Dios entre su pueblo. (La palabra “morada” se traduce muchas veces “tabernáculo”).

“La nube cubrió entonces la Tienda del Encuentro y la Gloria del Señor llenaba la Morada” (Éx. 40:34-35). Moisés no podía entrar en la Tienda de Encuentro, pues la Nube la cubría y la gloria de Yahvé llenaba la Morada” (Éx. 40:34-35).

En la clásica traducción griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) la palabra “cubría” (“la nube cubría”) es la misma que ocupa san Lucas: “cubrirá” (“el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”).

San Lucas está diciéndonos que el poder de Dios cubriría a María como había cubierto el Arca de la Alianza en la Tienda.

II. La Historia del Arca

La presencia de Dios entre su pueblo

En el monte Sinaí, Dios le dio instrucciones a Moisés de cómo fabricar el Arca de la Alianza. La construcción del Arca es descrita minuciosamente (cfr. Ex. 25:1-22).

El contenido más importante del Arca eran las tablas de la Ley (cfr. Éx. 25:16), la alianza



entre Dios y su pueblo. También contenía unos pedazos del maná que alimentó a los Israelitas en el desierto (cfr. Éx. 16:14-16) y la vara del sacerdote Aarón.

El Arca, con los querubines esculpidos encima (cfr. Éx. 25:18-20), era el trono visible del Dios invisible. Una vez hecha, el Arca iba delante de los Israelitas dondequiera que erraban, signo de la presencia de Dios con ellos (cfr. Núm. 10:33).

Cuando los Israelitas marcharon para conquistar la Tierra Prometida, el Arca de la Alianza iba delante de ellos (Jos. 3:3-4). Era la señal de que Dios estaba con su pueblo.

En el sitio de Jericó, por ejemplo, el único gesto militar de Israel fue desfilar con el Arca de la Alianza alrededor de la ciudad por siete días consecutivos: los muros se derrumbaron milagrosamente por sí solos (cfr. Jos. 6).



David trae el Arca a Jerusalén

Mucho tiempo después de la conquista de la Tierra Prometida por Israel, la ciudad de Jerusalén todavía pertenecía a los jebuseos (cfr. Jos. 15:63).

Cuando David finalmente conquistó Jerusalén, hizo de esta estratégica ciudad-fortaleza su capital (cfr. 2 Sam. 5:9). Una vez que la ciudad recién ampliada fuera establecida como la capital de Israel, David decidió dar al Arca de la Alianza un hogar permanente allí.

“Se levantó David y partió con todo el pueblo que estaba con él a Baalá de Judá para subir desde allí el arca de Dios” (2 Sam. 6:2).

El Arca de la Alianza fue cargada en una carreta nueva (contrario a las instrucciones de Éxodo 25:13-15 y 1 Crónicas 15:15). Pero la carreta fue inestable, y uno de los presentes tendió la mano para detener el Arca por miedo que iba a volcarse (otra clara violación de la Ley – cfr Núm. 4:15). El servidor murió instantáneamente.

David se alarmó, y asombrado por el poder de Dios dijo, “¿Cómo será posible que el arca de Yahvé venga a mi casa?” (2 Sam. 6:9).

Se paró la procesión, y el Arca se llevó a la casa de Obededon, el de Gat, por tres meses (cfr. 2 Sam. 6:11), trayendo a su casa muchas bendiciones.

Finalmente, David trajo el Arca a Jerusalén en la manera correcta, con gran festividad y regocijo. El rey mismo “saltaba y danzaba” con gozo ante el Arca, hasta el punto que su esposa creída lo despreció en su corazón (cfr. 2 Sam. 6:14-16)



¿Pérdida para siempre?

El pequeño imperio que David fundó y que su hijo Salomón engrandeció se dividió después de la muerte de este último (cfr. 1 Re. 12). Los dos pequeños reinos de Israel y Judá no pudieron resistir contra los grandes poderes de su mundo. Primero, Asiria



conquistó a Israel (cfr. 2 Re. 17:1-6); y después Babilonia derrumbó a Judá (cfr. 2 Re. 25).

El profeta Jeremías había advertido al pueblo de Judá que el juicio de Dios iba a caer sobre ellos. Pero al mismo tiempo, les había predicho que Dios iba a levantar a su pueblo otra vez y hacer con ellos una “nueva alianza” (cfr. Jer. 31:27-34).

Una historia en 2 Macabeos 2:4-8 nos cuenta que Jeremías se preparó para este tiempo escondiendo el Arca de la Alianza en el Monte Nebo.

“Se decía también en el escrito cómo el profeta, después de una revelación, mandó llevar consigo la Tienda y el arca; y cómo salió hacia el monte donde Moisés había subido para contemplar la heredad de Dios. Y cuando llegó Jeremías, encontró una estancia en forma de cueva; allí metió la Tienda, el arca y el altar del incienso, y tapó la entrada.”

Desde entonces no se ha visto el Arca en la tierra.

“Volvieron algunos de sus acompañantes para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. En cuanto Jeremías lo supo, les reprendió diciéndoles: ‘Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio. El Señor entonces mostrará todo esto; y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en tiempo de Moisés, y cuando Salomón rogó que el lugar el Templo fuera solemnemente consagrado.’”

El Arca no se vería otra vez hasta el tiempo en que Dios mostraría su misericordia y convocaría a su pueblo de nuevo. ¿Pero cuándo será esto?

III. La Visitación

Isabel y María

La noticia que Isabel estaba embarazada era suficiente para asombrar a María. Pero el ángel le tiene aún más buenas noticias.

“Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y este es ya el sexto mes de la que se decía que era estéril, porque no hay nada imposible para Dios” (cfr. Lc. 1:36-37).

Isabel y su esposo Zacarías estaban muy ancianos (cfr. Lc. 1:7); su embarazo fue todo un milagro, aunque no comparable con el que ocurriría María.

Después de recibir esta noticia, lo siguiente cosa que leemos es que María decidió visitar a su prima Isabel.

Vamos a estudiar esta visita, porque san Lucas la usará para enseñarnos una gran verdad sobre María.



El viaje de David y la visita de María

“En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel” (Lc. 1:39-40).

Recordamos cómo “David se levantó y fue” a una ciudad de Judá para traer el Arca de la Alianza (cfr. 2 Sam. 6:2).

“En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno” (Lc. 1:41).

En una manera parecida, David, “saltaba y danzaba” ante el arca de la alianza (cfr. 2 Sam. 6:14-16).

Cuando sintió que su niño saltaba en su seno, dice san Lucas, Isabel “quedó llena del Espíritu Santo” (cfr. Lc. 1:41). “Y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?” (Lc. 1:43).

Sus palabras son casi una repetición de lo que dice David sobre el arca de la alianza: “¿Cómo voy a llevar a mi casa el arca de Yahvé?” (2 Samuel 6:9).

Finalmente, después de su glorioso cantico de alabanza a Dios (que conocemos por su primera palabra en latín: Magnificat (cfr. Lc. 1:46-55), “María se quedó con ella unos tres meses, y luego se volvió a su casa” (Lc. 1:56).

El arca de la alianza “estuvo en casa de Obededón, el de Gat, tres meses” en camino a Jerusalén (cfr. 2 Sam. 6:11).

San Lucas monta estos paralelos, uno encima de otro, para que no se nos escape la semejanza entre el viaje del arca de la alianza a Jerusalén y la visita de María a la casa de Zacarías.

Para hacer más hincapié en este punto, san Lucas hace una interesante elección de palabras en Lucas 1:42: al decir que Isabel “exclamó a gritos” cuando expresó su gozo por la llegada de María (cfr. Lucas 1:41).

La palabra traducida “exclamar a gritos” no ocurre en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. Pero si ocurre unas cinco veces en la traducción griega del Antiguo Testamento, y *cada vez* tiene que ver con el arca de la alianza para describir el júbilo del pueblo de Dios celebrando su presencia en medio de ellos.

Isabel era levita y una descendiente del sacerdote Aarón (cfr. Lc. 1:5). Ella levanta su voz en alabanza a Dios en la presencia de María, igual a sus antepasados en la presencia del arca de la alianza.

Todo este paralelismo nos revela una verdad asombrosa: la Virgen María es el Arca de la Nueva Alianza.

En el Antiguo Testamento, el arca de la alianza contenía las tablas de la alianza con Dios, las palabras divinas escritas en piedra. En el Nuevo Testamento, la Virgen María lleva la



Palabra de Dios hecha carne, Jesucristo, quien realizará la Nueva Alianza que el profeta Jeremías predijo hace tanto tiempo (cfr. Jer. 31:27-34).

IV. El Arca en el Cielo

El Arca Reaparece de nuevo en el Cielo

San Lucas utiliza lenguaje e imágenes paralelos para comunicar este punto. Pero san Juan, el autor de Apocalipsis, nos dice directamente que vio el arca de la alianza—la reliquia sagrada perdida desde el tiempo de Jeremías—en una visión.

“Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza en el Santuario, y se produjeron relámpagos, fragor de truenos, temblor de tierra y fuerte granizada. Un gran signo apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz” (Apoc. 11:19-12:2).

Esta es una extraña cadena de imágenes, casi abrumadora, como mucho en el libro de Apocalipsis. Pero ciertamente esta afirmación de que el arca de la alianza era visible debió llamar la atención de las primeras que oyeron acerca de la visión.

Si se podía ver el arca, significaba que el tiempo del que hablaba Jeremías había llegado: el tiempo cuando “Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio...y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en el tiempo de Moisés” (cfr. 2 Mac 2:7-8).

De hecho las características presentadas son las mismas de la teofanía de Moisés- tormenta y terremoto:

“Se produjeron relámpagos, fragor de truenos, temblor de tierra y fuerte granizada” (Apoc. 11:19).

“Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y fuerte sonido de trompeta. Todo el pueblo que estaba en el campamento se echó a temblar...Todo el monte Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en forma de fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia” (Éx. 19:16,18).

Naturalmente, queremos saber más sobre el arca de la alianza redescubierta. Y Juan procede a describir lo que ve: “una mujer vestida del sol” (cfr. Apoc. 12:1).

En nuestras Biblias modernas, existe una división de capítulo entre la aparición del arca de la alianza y la descripción de la “mujer vestida del sol.”

Sin embargo, hay que recordar que la división de la Biblia en capítulos es algo que ocurrió en la Edad Media para poder referir a pasajes más fácilmente. San Juan no hizo tales divisiones. Escribió desde Apocalipsis 11:19 a 12:1 sin interrupción.

En la lógica de la visión de San Juan, que parece como sueños pero también con un significado muy profundo, el arca de la alianza es una “mujer vestida del sol”.



La Mujer vestida del sol

¿Y quién es esta mujer?

“Está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz” (Apoc. 12:2).

“La Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono” (Apoc. 12:5).

Él destinado a regir a las naciones con cetro de hierro (la vara del pastor) es el Ungido, el Mesías o Cristo (cfr. Sal. 2).

La “Mujer, vestida del sol” a quien san Juan ve cuando mira el arca de la alianza es la Madre de Cristo.



¿Qué hace a María el Arca de la Nueva Alianza?

El arca de la alianza era la señal de la presencia de Dios entre su pueblo. En Jesucristo, nacido de María, Dios se hizo presente en medio de su pueblo de una manera todavía más directa.

El arca contenía la Palabra de Dios escrita en tablas de piedra. La Virgen María dio a luz a la Palabra de Dios encarnada. Dentro del arca hubo el maná, el pan del cielo, una figura de la eucaristía (cfr. 1 Cor. 10:1-4). De María nació el pan de vida, Jesucristo (cfr. Jn. 6:48-50).

En el arca también se hallaba la vara de Aarón, el símbolo de su sacerdocio. María dio a luz a Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote (cfr. Heb. 3:1).

Si el arca de la alianza era santa por su contenido, entonces la Virgen María mucho más. Como Madre de Dios, ella es el arca de la nueva alianza, que llevaba a Jesucristo, la Palabra de Dios, el Pan de Vida, nuestro Sumo Sacerdote. Esto no es una reinterpretación del Evangelio: es algo que los autores del Nuevo Testamento comunicaron claramente.

V. Preguntas para Compartir

- ¿Cuál era el contenido del Arca de la Alianza?
- ¿Quién trajo el Arca de la Alianza a Jerusalén?
- Según el Segundo libro de los Macabeos, ¿En cuál monte escondió Jeremías el Arca?
- Según el profeta Jeremías, ¿cuándo se iba a ver al Arca de la Alianza de Nuevo?
- ¿De cuál famoso sacerdote fue descendiente santa Isabel?
- ¿Qué visiones y sonidos acompañaban la nueva aparición del Arca de la Alianza en el Apocalipsis de san Juan?



- ¿Cuál evento del Antiguo Testamento fue acompañado por señales semejantes?
- Mencione por lo menos tres paralelos entre el Arca de la Alianza y la Virgen María, la Madre de Cristo.



Para la reflexión personal:

- Dondequiera que fueron los antiguos Israelitas, siguieron el Arca de la Alianza. Si la Virgen María es el Arca de la Nueva Alianza, ¿cómo debemos los cristianos seguirla a ella?



Cuarta Lección

La Madre Coronada en Gloria

OBJETIVOS

- Ver la importancia de la reina madre en el reino davídico del Antiguo Testamento
- Entender los deberes y privilegios de la reina madre.
- Ver cómo María cumple con el oficio de reina madre en el Reino de Cristo.

LECTURAS:

- Dios te Salve Reina y Madre: Capítulo Cuatro
- Proverbios 31
- 1Reyes 2:13-25
- Mateo 2:1-12
- Juan 2:1-11
- Apocalipsis 12:1-6

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Madres e hijos

- El consejo de una madre
- Madre y maestra

II. La Madre del rey

- Salomón se inclina ante su madre
- El lugar de la Gebirah
- Ella es la que dará a luz

III. El Reino del Hijo de David

- El Reino de David y de Cristo
- Madre del Rey de reyes
- El niño Jesús da audiencia abre corte
- Reina del Cielo

IV. Preguntas para compartir

V. Madres e hijos

- El consejo de una madre



“Un gran signo apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza...dio a luz a un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono” (Apoc. 12:1,5).

Esta visión tan extraña y bella del Apocalipsis es la imagen que ven millones de cristianos en todas partes del mundo cuando piensan en María, la madre de Jesús.

Pero, ¿qué quiere decir? Literalmente, parece describir a Cristo como el rey recién nacido destinado para un trono. ¿Por qué, entonces, la mujer es descrita como reina celestial, con una corona de estrellas y adornada gloriosamente?

La contestación viene de una larga tradición que pasa del Antiguo Testamento al Nuevo.

La imagen de María gloriosamente “vestida del sol” es otro ejemplo de cómo los autores del Nuevo Testamento nos revelan la verdad sobre quien es Jesucristo. Pero para entender lo que Apocalipsis enseña, necesitamos referirnos a un tiempo siglos antes de Cristo.

En realidad, sería bueno empezar con la última parte del Libro de los Proverbios.

Solamente se dice una cosa sobre el rey Lemuel en la Biblia, que recibió cierto buen consejo: “Habla por el que no puede hablar y defiende la causa de los desvalidos; habla para juzgar con justicia y defiende la causa del humilde y del pobre” (Prov. 31:8-9).

Un rey siempre tiene gente que quiere decirle lo que debe hacer. Generalmente, el consejo es parte de un intento de conseguir algún beneficio para el consejero. Con frecuencia, lo que pretende ser un consejo es nada más un piropero interesado.

Sin embargo, aquí tenemos a alguien que aconseja al rey cuidar al pobre y humilde—la gente que no tiene otra defensa. ¿Quién puede hablar tan libremente a un rey para darle semejante consejo?

El primer versículo del capítulo sobre el rey Lemuel nos indica la contestación: “Palabras de Lemuel, rey de Masá, que le enseñó su madre” (Prov. 31:1).

Solamente la madre de un rey podría hablarle así. Como rey, él es su gobernador, pero por la ley de la naturaleza él siempre sigue siendo su hijo.

Este capítulo está lleno del tipo de consejo que cualquier buena madre le daría a su hijo: “No te metas con mujeres malas, no tomes demasiado, y sobre todo, busca una buena esposa.”

Pero como el hijo es en este caso un rey, su madre también tiene que recordarle sus deberes como gobernante. Tiene que ser la voz de los sin voz, un poder para los débiles. Su reino tiene que velar por los pobres y humildes.

Un cortesano halagador no podría decirle tales cosas a un rey. No sorprende, entonces, que a la reina madre de los reinos del Próximo Oriente le tocaba por tradición ser amiga del pobre e intercesora entre el pueblo y el rey.

Y cuando vemos que el libro de los Proverbios termina con el consejo de una reina madre,



sabemos apreciar lo importante que consideraban los autores sagrados la sabiduría de la madre del rey. Un gobernante a quien se le leyera el libro de Proverbios quedaría con las últimas las palabras de la reina madre resonando en sus oídos.



Madre y maestra

La autoridad de una madre sobre sus hijos—aunque estos sean reyes—es una cosa de la naturaleza. A Lemuel no se le menciona en ninguna otra parte de la Escritura. Una antigua tradición judía, sin embargo, decía que Lemuel era el seudónimo del mismo gran Salomón, el rey cuyo nombre es sinónimo de sabiduría.

Salomón fue el segundo hijo de David y Betsabé. Su primer hijo murió poco tiempo después de nacer, algo interpretado como un castigo a David por su adulterio con Betsabé, quien era la esposa de uno de los oficiales más leales de David, hasta que éste lo mandó a una misión suicida (cfr. 2 Sam. 11).

Como heredero de su padre, Salomón fue el prototípico hijo de David, heredando todas las promesas de un glorioso reino que Dios había hecho al linaje de David (cfr. 2 Samuel 7:8-16).

Tuvo un don famoso: el de sabiduría. Sin embargo hacía caso a los consejos de su madre.

I. La Madre del Rey

Salomón se inclina ante su madre

En efecto, una de las primeras informaciones que tenemos de reinado del Salomón es sobre el papel importante que tenía su madre.

Cuando Betsabé entra en la corte del recién coronado rey Salomón, él se inclina ante ella. Seguido, la sienta en un trono a su derecha (cfr. 1 Re. 2:19). Ningún otro súbdito mereció ese honor- no en el reinado de Salomón ni de cualquier otro rey del Antiguo Testamento.

Entonces, ella le pide un favor, una petición que Adonías le había solicitado a ella. Betsabé aparece en el papel tradicional de reina madre intercesora por el pueblo, lo que no deja de sorprender cuando consideramos quien es Adonías.

Adonías, otro hijo de David y hermano mayor de Salomón había sido su rival para la sucesión. David le había prometido a Betsabé que su hijo Salomón iba a ser el heredero, pero Adonías había aprovechado la debilidad de su padre anciano para intentar apoderarse del reino (cfr. 1 Re. 1:5). Solamente la rápida acción de Betsabé salvó el reino para su hijo.

Entonces, Adonías pide algo extraordinario: él quiere por mujer a la concubina de su padre, Abisag la sunamita. En las culturas del Medio Oriente, tomar a la esposa o concubina del rey por mujer era una manera de declararse públicamente rey.



Esta vez, Salomón no hace caso a su madre. Con magnanimidad le había perdonado a Adonías después de su fallido golpe de estado, pero esto era demasiado (vea 1 Re. 2:13-25).

Sin embargo, Salomón había reconocido, colocando a su madre en un puesto tan especial, que ella tenía el derecho de darle consejo y presentarle la causa de Adonías. La reina madre puede interceder, pero la decisión final es del rey.

La influencia de la reina madre fue un aspecto distintivo del gobierno de Judá, el reino que los descendientes de David gobernarán después de la rebelión de las tribus del norte. (El hijo de Salomón, Roboán, no fue tan sabio como su padre: en su orgullo, alienó a la mitad de su reino. Vea 1 Re. 12:1-20).

No escuchamos tanto de la reina madre en la Biblia, pero cada vez que lo hacemos, está claro que ella tiene una gran influencia en el reino.

Incluso cuando el reino estaba por llegar a su fin, la influencia de la reina madre fue siempre poderosa.

“Di al rey y a la Gran Dama (su madre la reina)” así empieza la instrucción de Dios al profeta Jeremías (13:18). La profecía de destrucción que sigue no habría sido dirigida a la reina madre a la vez que al rey si no fuera ella también un poder en el reino.

La profecía de Jeremías se cumplió. Judá fue definitivamente finalmente por los babilonios, y Nabucodonosor, su emperador, se llevó a todas las personas importantes de Jerusalén al exilio.

“Deportó a Babilonia a Jeconías y llevó al destierro, de Jerusalén a Babilonia, a la madre del rey y a las mujeres del rey, a sus eunucos y a los notables del país” (2 Re. 24:15).

La madre del rey es la segunda en importancia después del rey, y más importante que sus esposas.

Durante toda la historia del reino, la reina madre ocupó ese lugar, el segundo puesto del reino después del rey. Hubo un título especial para ella en hebreo: se llamaba la *Gebirah*, la “Gran Dama”.



El Lugar de la Gebirah

La historia de Salomón y su madre señala el papel de la reina madre en el gobierno del reino davídico.

Narra la Biblia que ella llegó donde Salomón con una petición de Adonías, uno de sus súbditos. En otras palabras, ella actuaba como intercesora a favor del pueblo ante el rey.

Y Betsabé no fue la primera reina madre que actuó así. Desde el tiempo de la Epopeya de Gilgamesh, una de las obras literarias más antiguas del mundo, tenemos evidencia que la reina madre tenía el papel de intercesora a favor del pueblo en las cortes del Medio Oriente.



La razón por su especial posición es basada tanto en la naturaleza como en la tradición. El rey tenía autoridad absoluta, y en el gobierno del estado, su madre era también súbdita.

Sin embargo, en su relación primordial de familia, ella siempre era su madre, y por esto tenía la autoridad de una madre sobre él. Era la única súbdita que podía esperar la obediencia del rey.

En tiempos en que la poligamia era común, la posición general de la reina madre era más importante que la de las mujeres del rey. Había muchas esposas, pero solo una madre.

Viéndolo desde una perspectiva práctica, la posición misma como reina madre era prueba de su astucia política. Un rey como Salomón, que tuvo 700 mujeres ha de haber tenido más hijos de los que podía contar. Pero solamente uno de ellos iba a ser rey, probablemente por la influencia de su madre.

El caso de Betsabé nos enseña que la esposa cuyo hijo fue elegido como heredero ya había navegado por unas algunas aguas muy peligrosas de la política. Así, la madre sería una estrategia política muy astuta y podría ayudar a su hijo una vez que ascendiera al trono. Por esto podemos decir que la reina madre tenía funciones importantes en el gobierno del reino davídico, y que su posición no era solamente una relación familiar sino un oficio político.

- Ella era un signo visible de la legitimidad del rey
- Ella daba al rey consejos prácticos
- Ella intercedía ante el rey por el pueblo.

Estos elementos hacían que la reina madre fuera importante de una manera especial entre todos los súbditos del reino, dándole un puesto esencial en el gobierno del rey davídico.



Ella es la que dará a luz

A pesar de las promesas de que el reino de David duraría para siempre (cfr. 2 Sam. 7:16), se derrumbó, y Nabucodonosor llevó a las familias más importantes al exilio en Babilonia (cfr. 2 Re. 24:10-16).

¿Dios habrá renegado de su promesa? Claramente, esto era imposible. La promesa fue incondicional, y Dios es fiel a sus promesas.

Por esto, el pueblo fiel esperaba un tiempo cuando el reino de David sería restaurado. Estaban pendientes de las palabras de los profetas, quienes prometían que un rey de la casa de David reuniría un día a todas las ovejas extraviadas de Israel.

El pueblo fiel esperaba una época en la que el reino de David sería restaurado. Se aferraban a las palabras de los profetas, quienes habían prometido que un rey de la casa de David recogería un día a todas las ovejas extraviadas de Israel.

Inclusive, para los profetas la figura de la madre del rey era una pieza clave de sus profecías.

El profeta Isaías, por ejemplo, en un tiempo de gran tribulación, instó al rey Ajaz a prestar



atención a esta señal, “Pues bien, el Señor mismo les dará una señal: he aquí que una virgen está embarazada y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel” (cfr. Is. 7:14).

La señal aseguraba a Ajaz el compromiso permanente de Dios con la casa de David (cfr. Is. 7:2,13), frente a amenazas e intrigas del extranjero.

Miqueas profetizó más explícitamente sobre el gobernante venidero de la casa de David. Él nacería en Belén, la ciudad de David, y como David, sería un pastor. Miqueas también menciona a la madre del futuro rey, haciendo referencia a “la que va dar a luz” (cfr. Mi. 5:1-3).

De nuevo, el signo de salvación es la mujer que dará a luz al futuro rey.

Nótese que Isaías y Miqueas no dicen nada acerca de los padres de estos niños. Normalmente en la Biblia el padre de una persona importante es el que se menciona, frecuentemente prescindiendo de la madre.

III. El Reino del Hijo de David

El Reino de David y de Cristo

Ahora, la razón de nuestra atención al reino davídico es esta: el reino de David es clave para entender el reino de Jesucristo.

Todos los autores del Nuevo Testamento nos enseñan que Jesús, nacido de una virgen en Belén, como dijeron los profetas, es el Hijo de David, y su reino es la prometida restauración del reinado davídico.

Desde el inicio, el argumento más persuasivo de los cristianos ha sido cómo en Jesús se realiza el perfecto cumplimiento de las promesas de los profetas sobre el Hijo de David (cfr. Hech. 2:25-36).

Los profetas habían predicho la restauración del reino davídico, con su capital en Jerusalén, la Ciudad Santa, cuando Dios recogiera a los israelitas dispersos por el mundo y unidos de nuevo como cuando David gobernaba.



Madre del Rey de los reyes

Pero si Jesús es el rey prometido del linaje de la casa de David, y si su reino es la restauración del reinado davídico, entonces la Virgen María es la reina madre. Esto es exactamente lo que el inicio del Nuevo Testamento nos enseña.

El evangelio de san Mateo empieza con la genealogía de Jesucristo. Es un pasaje fascinante de estudiar: lo que a primera vista parece un mero listado, es de hecho una pieza magistral de arte literaria.

Por ejemplo, san Mateo divide toda la genealogía en tres grupos de catorce generaciones



(cfr. Mt 1:17). El número tres simboliza perfección. En numerales de hebreo (que ocupa letras para números igual que en griego y latín) el nombre David suma catorce. Así, por simbolismo numérico, san Mateo está diciendo que Jesús es el perfecto hijo de David.

La genealogía termina con, “José, el esposo de María” Y entonces san Mateo nos dice: “de la que nació Jesús, llamado Cristo”, que evoca el lenguaje de Miqueas e Isaías (cfr. Mt. 1:16).

Hay otro aspecto interesante de la genealogía en san Mateo. Cuatro de los antepasados en la lista son mujeres, algo insólito en genealogías judías. La última mujer mencionada es Betsabé, la madre de Salomón. Ella es el prototipo de la reina madre prototípica, como Salomón es el prototípico hijo de David.



El niño Jesús abre corte

Cuando Jesús todavía era un niño pequeño, nacido aparentemente en una familia obrera común, tres distinguidos visitantes llegaron del Oriente para ofrecerle homenaje (cfr. Mt 2:1-12).

Viajaron desde muy lejos para ver al “rey de los judíos que ha nacido” (cfr. Mt 2:2).

Al llegar a Belén, los magos ven “al niño con María su madre” (cfr. Mt 2:11). El rey de los judíos, como hemos visto en el ejemplo de Salomón y Betsabé, los recibe formalmente con su madre a su lado.

Los magos le obsequian regalos de un rey: oro, incienso y mirra. Los reales visitantes de Salomón regularmente le ofrecían oro y especias en tributo (1 Re. 10:10, 10:25).

La única otra ocasión en la Escritura donde se mencionan mirra e incienso juntos, es en el Cantar de los Cantares, en una descripción del esplendor de la boda de Salomón (cfr. Cant. 3:6-7) El mismo día en que la madre de Salomón le coloca la corona real sobre su cabeza (cfr. Cant. 3:11).

San Mateo pinta un retrato del niño Jesús, el perfecto Hijo de David, dando audiencia en corte de la misma manera que lo hizo Salomón, el original hijo de David.



Reina del Cielo

La última vislumbre de la reina madre que vemos en la Biblia viene de la famosa visión simbólica del Apocalipsis (cfr. 12:1, 12:5).

Los símbolos del Apocalipsis a veces son difíciles de comprender. Y hay varias interpretaciones de quién es la “mujer vestida del sol.”

La interpretación católica es que la mujer es un signo de María y de la Iglesia. Para nuestros propósitos, exploraremos la conexión con María.



El “gran signo” es una mujer que está dando a luz, como en la profecía de Isaías la señal de la restauración del reino sería naciendo de una doncella un niño.

El niño por nacer es descrito como uno “que gobernará a todas las naciones con cetro de hierro,” que es una descripción del Mesías (cfr. Sal. 2:7-9).

La reina madre del Antiguo Testamento llevaba una corona y la “mujer vestida del sol” lleva una corona de doce estrellas, que representan las doce tribus de Israel.

Aquí vemos a María coronada y entronizada como la reina madre, justo como la madre de Salomón fue coronada y entronizada, y así como lo fue cada madre de los “hijos de David”.

Apocalipsis nos muestra a la reina madre entronizada en el cielo, entronizada con su Hijo, en perfecto cumplimiento de la promesa del reino davídico.

El lugar de la reina madre en el reino celestial no quita nada de la gloria del Rey.

Al contrario, precisamente porque el Rey es glorioso que también lo es su madre. Como todas las reinas madres en toda la larga historia del reino davídico, ella señala el camino hacia el rey, intercediendo por el pueblo (por nosotros) ante Él.

IV. Preguntas para Compartir

- Según la tradición judía, ¿quién fue Lemuel, mencionado en Proverbios 31?
- ¿Qué deberes naturales de madre son reflejados en la posición de la reina madre en la corte real de Israel?
- ¿Por qué es significativo que se mencione que María estaba al lado de Jesús en la visita de los magos?
- ¿Por qué David es el rey ideal según los autores de la Escritura?



Quinta Lección

La Toda Santa Madre de Dios

OBJETIVOS:

- Entender la relación entre la doctrina católica sobre María y el testimonio de la escritura sobre ella.
- Entender la fundación bíblica del dogma de la Inmaculada Concepción
- Apreciar como la fe católica en la Inmaculada Concepción fluye del retrato de María como la “Nueva Eva” en el nuevo testamento.

LECTURAS:

- *Dios te salve reina y madre*: Capítulo Cinco
- Génesis 3:15
- Lucas 1:26-38
- Juan 2:4; 19:26
- Apocalipsis 12
- Efesios 1:3-6,11-12

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. La Verdad sobre María

- Los Concilios y la Biblia
- Los Dogmas y la Biblia

II. María y el Proto Evangelio

- Pecado Original, Enemistad Original
- Descendencia y la Muerte
- De la Escritura al Dogma

III. Saludando a María

- Llena de gracia
- De la Biblia a la Liturgia

IV. Preguntas para compartir



I. La Verdad sobre María

Los Concilios y la Biblia

A través de este curso, hemos estado examinando las verdades sobre María que se revelan en la santa Escritura. Hemos estado escudriñando lo que la Escritura dice sobre ella, y – lo que es también importante tan importante- cómo lo dice.

Desde los inicios de la Iglesia, el retrato bíblico de María ha sido estudiado y meditado en oración por papas, obispos, teólogos y santos.

Y María—quién es y qué papel ha tomado en el plan divino para la salvación del mundo— fue un tema importante de discusión y debate en los primeros concilios de la Iglesia, que eran reuniones oficiales de los obispos bajo la autoridad del papa.

En estos concilios—tal como el Concilio de Éfeso (en el año 431) y el segundo Concilio de Constantinopla (553) —vemos a la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, interpretando las mismas escrituras que hemos estado estudiando.

La interpretación que la Iglesia ha hecho de las Escrituras acerca de María ha continuado a través de los siglos.

El resultado ha sido una serie de dogmas y doctrinas sobre María, todos basados en las verdades reveladas en los textos sagrados que hemos estado escudriñando en este curso.

En esta lección y en la próxima, vamos a mirar más de cerca a estos dogmas y doctrinas, examinando sus bases y profundizando nuestro aprecio del retrato bíblico de María.



Los Dogmas y la Biblia

Antes de hacerlo, sin embargo, debemos decir una palabra sobre el sentido e intención del dogma y la doctrina en la enseñanza católica.

Doctrina y dogma representan las enseñanzas reveladas de Jesús, definidas por la Iglesia que ha sido encomendada al Espíritu Santo para protegerla de error y guiarla en toda la verdad (cfr. Jn. 14:26; 16:12-15; 20:21-22; Hech. 2:1-4).

Para nuestras intenciones aquí, es importante tener en cuenta que la doctrina y el dogma son la interpretación definitiva de la Escritura por parte de la Iglesia, que es guiada por el Espíritu Santo.

En el Nuevo Testamento, la palabra griega *dogma* se refiere a los preceptos legales de la ley divina revelada en el Antiguo Testamento (cfr. Ef. 2:15). También se refirió a las “decisiones” del primer concilio de la Iglesia realizado en Jerusalén (cfr. Hech. 16:4).

El Concilio de Jerusalén se reunió para realizar una interpretación definitiva de las Escrituras del Antiguo Testamento acerca de cómo se debe tratar a los no judíos que se convirtieron al cristianismo (cfr. Hech. 15) una decisión en la que los apóstoles fueron



guiados por el Espíritu Santo (cfr. Hech. 15:28).

De la misma manera, las doctrinas de la Iglesia sobre María—sobre su Inmaculada Concepción, su estatus como “Siempre Virgen Madre de Dios,” y su “Asunción” al cielo como “Reina de todas las cosas”—representan en conjunto una interpretación definitiva de toda la Escritura en cuanto al papel de María en el plan divino de la salvación.

Y, como veremos, cada una de estas doctrinas está basada en los retratos bíblicos que ya hemos estudiado:

- María como la nueva “Eva”
- María como la nueva “Arca de la Alianza”
- María como la nueva “Reina Madre”

II. María y el Proto Evangelio

El dogma de la Inmaculada Concepción de María declara que la madre de Jesús, única entre los miles de millones de nacidos desde el inicio del mundo, fue concebida sin heredar la maldición del pecado original de Adán y Eva.

En el plan de Dios, y por su gracia, ella fue preservada del pecado en orden a llegar a ser plenamente la toda santa Madre de Dios, como fue declarada en el Concilio de Éfeso en 431.

El Papa Pio IX proclamó el dogma el 8 de diciembre de 1854, en un documento con el título, *Ineffabilis Deus* (“El Dios Inefable”). Él hizo notar que en la larga historia de Iglesia existe la creencia en que la Virgen María no fue manchada por el pecado original, algo expresado especialmente en los escritos de los papas y en las oraciones y liturgias de la Iglesia.

Y él señaló que esta creencia está fundada en última instancia por siglos de predicación y enseñanza sobre los tres pasajes que hemos visto detenidamente en las lecciones previas: el “primer evangelio” en el jardín de Edén (cfr. Gén. 3:15); la anunciación (cfr. Lc. 1:26-38); y la visión de la “mujer” en el último libro de la Biblia (cfr. Apoc. 12).

Como hemos visto en lecciones anteriores, estos pasajes nos dan un retrato bíblico de María como la “nueva Eva”.

En el dogma de la Inmaculada Concepción vemos a la Iglesia escrudiñando profundamente el misterio del plan divino.

Recordemos que en la segunda lección, vimos cómo la narración bíblica del castigo de Dios a Adán y Eva incluía un *proto-evangelium* (un evangelio primordial): un anuncio que inaugural de la salvación que vendría a través de una “mujer” y su “descendencia”.

En este evangelio primordial, Dios mismo prometió que iba a haber una enemistad perpetua entre esta mujer y la serpiente, y que esta enemistad culminaría en el aplastamiento de la cabeza de la serpiente por “la descendencia” de la mujer (cfr. Gén. 3:15).



Pecado Original, Enemistad Original

¿Qué tiene que ver esto con la Inmaculada Concepción de María? La respuesta requiere una mirada más de cerca del proto-evangelio. Primero, la escena del Génesis presenta el castigo por el “pecado original”. Este pecado fue provocado por la tentación de la serpiente, que en otra parte de la Escritura es identificada como Satanás (cfr. Apoc. 12:2,9).

Este pecado es heredado por cada ser humano porque Eva vino a ser la “madre de todos los vivientes” (cfr. Gén. 3:20). Y como resultado de este pecado, los humanos están bajo el poder de la muerte (cfr. Sab. 2:24; 1 Cor. 15:21-22).

Ésta es una de las razones por las que Jesús dijo del Diablo: “Éste era homicida desde el principio” (cfr. Jn. 8:44; Heb. 2:14).

En castigo, Dios prometió que habría “enemistad” entre “la mujer” y la serpiente y entre sus linajes. “Enemistad” quiere decir odio mutuo.

En otras partes del Antiguo Testamento, la palabra hebrea traducida por “enemistad” implica una rivalidad mortal, un odio que causa a cada parte desear la muerte del opuesto.

La palabra es ocupada solamente para describir rivalidades entre personas o naciones. Nunca se ocupa para describir odio entre una persona y un animal.

Esto sugiere que este pasaje del Génesis se debe leer simbólicamente. En otras palabras: aunque el texto presenta a Dios prometiendo literalmente enemistad entre una serpiente y una mujer, simbólicamente quiere hablar de antagonismo entre quién o lo qué representa la serpiente y quién o lo qué significa la mujer.

En efecto, es así como los primeros santos y teólogos de la Iglesia interpretaron este pasaje, empezando en las mismas páginas del Nuevo Testamento (cfr. Rom. 16:20; Apoc. 12).

Hay que notar que es Dios quien establece la enemistad (“enemistad pondré”). Esto no es una aversión natural. Es una oposición divina establecida por Dios por todos de los siglos.



Descendencia y Muerte

Esta enemistad es doble: entre la serpiente y la mujer y entre la descendencia de ella y la de la serpiente.

La palabra hebrea traducida “descendencia” es literalmente “semilla.”

Se refiere a las semillas de las plantas (cfr. Gén. 1:11; 12:29; Lev. 26:16), y a los hijos de individuos (cfr. Gén. 4:25; 15:3; 2 Sam. 7:12), y a los descendientes de una persona, pueblo o raza (Gén. 12:7; 13:15; Is. 14:20; 57:3).

De vez en cuando, la palabra es usada en un sentido “moral”, como cuando el salmista habla de “la posteridad del malvado” (cfr. Sal. 37:28) y el profeta Isaías de “raza de



malvados, hijos de perdición” (Is. 1:4).

Finalmente, Dios promete que la descendencia de la mujer “pisará aplastará la cabeza” de la serpiente.

Aplastar la cabeza de la serpiente es matarla. Entonces, lo que tenemos aquí es la promesa de dar muerte a la serpiente bajo el pie de la descendencia de una mujer, o sea, bajo el pie del hijo de la mujer.



De la Escritura al Dogma

Por una lectura más de cerca, podemos ver cómo la Iglesia—empezando en el Nuevo Testamento—ha visto en este texto un soporte a la creencia de la Inmaculada Concepción de María.

Primero, porque prevé una nueva “mujer”, una nueva Eva, y “su descendencia”, Jesús. Como hemos visto en lecciones previas, este pasaje es la fuente de se llame a María “mujer” en el evangelio de Juan (cfr. Jn. 2:4; 19:26)

Los cristianos enfocaron a esta mujer y su hijo en su interpretación de las expectativas del mesías, como San Pablo dice, “al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer...” (cfr. Gál. 4:4).

También el dramático conflicto entre “la mujer” y “la serpiente” en el último libro de la Biblia evocan mucho el *proto-evangelio* (cfr. Apoc. 12), como lo hemos visto en lecciones previas y de aquí se origina la interpretación de la serpiente del Edén como Satanás. (Apoc. 12:9)

En Apocalipsis, se nos muestra que la descendencia de la mujer es Jesús (cfr. Apoc. 12:5) y a la vez “los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús” (Apoc. 12:17).

Finalmente, el *proto-evangelio* da una visión de la derrota de Satanás por la descendencia de la mujer. San Pablo hace alusión a esto cuando escribe: “el Dios de la paz aplastará bien pronto a Satanás bajo los pies de ustedes.” (Rom. 16:20).

¿Cómo esta interpretación permite ver que “la mujer” (María) nace sin pecado original?

Es verdad que la Escritura enseña que todos los hombres y mujeres se concibieron “en pecado” (cfr. Sal. 51:7). San Pablo escribió que el pecado entró en el mundo por Adán y Eva, y, como resultado, “todos pecaron” y “atrajo sobre todos los hombres la condenación” (Rom. 5:12,18).

Sin embargo, el *proto-evangelio* parece contemplar por lo menos a dos personas—la mujer y su hijo—que no serían concebidos bajo el poder de la serpiente y las consecuencias de su engaño.

Recordemos lo que dice el texto: la enemistad es “puesta” por Dios y es una rivalidad mortal, una hostilidad absoluta, una lucha hasta la muerte.



Si María fuera concebida *con* pecado original, no habría enemistad perpetua como fue prometida por Dios mismo entre la mujer y la serpiente. Al contrario, si María fuera concebida con pecado original, la serpiente estaría victoriosa, porque la mujer estuviera sujeta a su poder. Si este fuera el caso, la promesa de Dios demostraría ser falsa.

Sin embargo, es claro que Dios quiso otra cosa al poner la enemistad perpetua entre la descendencia de la mujer y la de la serpiente. Se ve entonces que María, la mujer prometida desde el inicio, tenía que ser nacida libre del poder de Satanás para que pudiera cumplir la promesa de Dios de una enemistad absoluta entre ella y la serpiente.

Así el Papa Pio XII interpretó esta Escritura en su encíclica *Fulgens Corona* (“Corona Radiante” (1958) n.7), escrita para conmemorar los cien años de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción. Esta interpretación fue también afirmada por el papa Juan Pablo II (cfr. texto de la audiencia pública de 29 de mayo 1996).

También san Pablo observó que, para nuestra salvación, Dios provocó que sobreabundara la gracia, y a Jesús, “a quien no conoció pecado, le hizo reinar sobre el poder del pecado y la muerte” (cfr. Rom. 5:20-21; 2 Cor. 5:21; Heb. 2:14).

Si la descendencia de la mujer, Jesús, no conocería pecado, ¿cómo podría conocerlo su madre?

III. Saludando a María

La Llena de Gracia

La escena de la anunciación en el evangelio de san Lucas, en el cual el arcángel Gabriel saluda a María con el título: “llena de gracia” es también citada como fundamento del dogma de la Inmaculada Concepción.

Ya hablamos en detalle de la anunciación en la primera lección.

Aquí queremos enfocarnos en el saludo del ángel: “Alégrate, llena de gracias, el Señor está contigo” (cfr. Lucas 1:28).

Este saludo no se encuentra en ninguna otra parte de la Escritura. *Kecharitomene*, la palabra griega traducida por “favorecida de Dios” o “llena de gracia” es extremadamente rara, utilizada solamente en el texto de la anunciación y por san Pablo en la carta a los Efesios (Ef.1:3-7).

En los dos casos, el verbo es ocupado para indicar una acción que causa un efecto en el objeto del verbo.

San Pablo habla de cómo Dios “otorgó” o dio su gracia a nosotros en Jesús (cfr. Efesios 1:6-7). En este caso, Pablo usa la palabra para describir cómo la gracia de Dios causa una transformación en nosotros - perdonando nuestros pecados, haciéndonos sus hijos e hijas adoptivos.

De la misma manera, el uso de *kecharitomene* en el saludo del ángel implica que María ha sido favorecida por el otorgamiento de la gracia de Dios.



Algunos Padres de la Iglesia y estudiosos creen que el sentido del término se debe traducir como “hecha llena de gracia” o “transformada por la gracia”. El sentido es que María ha sido “previamente” y es ahora y será en el futuro, llena de gracia.

Otra cosa a notar sobre el saludo del ángel – María no es llamada por su nombre, sino como “llena de gracia”-. No hay otra persona a quien un ángel salude de esta manera en la Escritura. Es como si “llena de gracia” fuera el nombre de María.

A lo largo de las Escrituras, cuando Dios da un nuevo nombre a una persona indica su verdadero lugar en el plan divino de salvación.

El nombre de Abrán es cambiado a Abrahán para indicar su nuevo papel como “padre de una muchedumbre de naciones” (Gén. 17:5). Simón es llamado “Pedro” piedra porque será la roca en la cual Cristo funda su Iglesia (cfr. Mt. 16:18).

Y, por mandato de Dios, María es llamada “llena de gracia.” En este nombre, su destino es revelado. Desde antes de la fundación del mundo, ella fue elegida ser la inmaculada madre del unigénito Hijo de Dios.

Así es cómo el papa Juan Pablo II interpretó esta escritura en la homilía que predicó celebrando los 150 años del dogma. “*Llena de gracia,*” dijo, “es el nombre con el que Dios, a través de su mensajero, quiso calificar a la Virgen. De este modo la pensó y vio desde siempre, *ab aeterno*” (desde la eternidad).



De la Biblia a la Liturgia

Todas estas imágenes bíblicas de María aparecen unidas en la liturgia de la solemnidad de la Inmaculada Concepción.

La antífona de entrada de la misa pone las palabras del profeta Isaías, en boca de María “exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación... como la novia se adorna con aderezos” (Is. 61:10).

La oración colecta explica el gran misterio de la Inmaculada Concepción en el plan divino para la salvación del mundo: “Oh Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen María preparaste a tu Hijo una digna morada, y en previsión de la muerte de tu Hijo la preservaste de todo pecado.” La primera lectura para la solemnidad es la historia del pecado de Adán y Eva y el *proto-evangelio* (Gén. 3:9-15, 20). La segunda lectura tomada de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios, incluye el mismo versículo del que hablamos, que es la única otra vez en el Nuevo Testamento donde la palabra *kecharitomene* es ocupada (cfr. Ef. 1:3-6, 11-12).

Las palabras de san Pablo originalmente fueron dirigidas a cada creyente en Cristo. Leídas en la Liturgia, se aplican en primer lugar a la Virgen María, que es la precursora de cada cristiano. “*Antes de la fundación del mundo*” ella fue escogida “a ser *santa e inmaculada*” por la gracia “*con la que Dios le agració en el Amado*”, Jesús. La gracia que se le dio a la Virgen María en el vientre de su madre, será el destino de todos que creemos en su Hijo y somos bautizados.



Esta lectura nos recuerda también que María fue destinada “según el propósito de aquel que realiza todo de acuerdo al beneplácito de su voluntad.” En otras palabras, la voluntad de Dios, expresada en la primera lectura, es cumplida en la Inmaculada Concepción de María y en que dio a luz al Cristo.

Esto es reforzado por la lectura del evangelio que se lee en esta solemnidad: la Anunciación (cfr. Lc. 1:26-38).

Finalmente, el prefacio especial de la plegaria eucarística para la solemnidad es otro resumen del testimonio bíblico a la Inmaculada Concepción de María, revelándola como signo de la Iglesia y “una promesa de su perfección.”

IV. Preguntas para compartir

- ¿Qué quiere decir dogma? ¿Cuál es la relación entre el dogma y las Escrituras?
- ¿Cuáles son los tres retratos bíblicos que constituyen las fundaciones de los dogmas y doctrinas católicas acerca de María?
- ¿Por qué se ha dicho que Génesis 3:15 es el “proto-evangelio”? ¿Qué promete Dios acerca de la serpiente y la mujer?
- ¿Qué relación tiene el “proto-evangelio” con el dogma de la Inmaculada Concepción?
- ¿Qué quiere decir la palabra griega *kecharitomene*? ¿Por qué se puede decir que el pasaje de la Anunciación es parte de la fundación bíblica del dogma de la Inmaculada Concepción?



Sexta Lección

La Reina Asunta al Cielo

OBJETIVOS

- Entender las fundaciones bíblicas del dogma de la Asunción.
- Entender las imágenes del Antiguo Testamento y el profundo simbolismo que están de trasfondo en Apocalipsis 12 y su relación con la doctrina católica acerca de la Virgen María.
- Aprender cómo el retrato bíblico de María es reflejado e interpretado en la liturgia de la Iglesia.

LECTURAS

- *Dios Te Salve Reina y Madre*, Capítulo cinco: p. 104-109; Capítulo siete
- Génesis 3:15
- 2 Macabeos 2:4-8
- Apocalipsis 12

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

- I. Viendo a María con Ojos Católicos
 - Repaso de Curso
 - Dogmas Marianos Modernos
- II. La “Mujer de Apocalipsis” 12
 - El Regreso del Arca
 - La Novia-Reina
 - El Proto-Evangelio
- III. De la Escritura a la Liturgia
 - Resumen del Apocalipsis
 - La Fiesta de la Asunción
- IV. Preguntas para Compartir



I. Viendo a María con Ojos Católicos

RESUMEN

- Repaso del Curso

En este curso, hemos emprendido un estudio más detenido del lugar de María en la Biblia.

Hemos visto que aunque hay pocas referencias directas a María en el Nuevo Testamento, ella está presente en cada punto crítico en la vida y obra de Cristo: su nacimiento, el inicio de su ministerio público, su muerte y resurrección, y el envío de su Espíritu en Pentecostés.

También hemos visto que las narraciones del Nuevo Testamento describen a María en términos de escenas y promesas del Antiguo Testamento - como la Nueva Eva, la Hija de Sión, el Arca de la Alianza y como la Reina Madre del pueblo de Dios.

En nuestra última lección, hemos hablado de cómo la Iglesia ha continuado su reflexión sobre el testimonio bíblico del lugar de la Virgen María en la historia de la salvación.

Hemos considerado cómo esta permanente reflexión ha llevado a la formulación de doctrinas y dogmas acerca de la Inmaculada Concepción de María, su posición como “la siempre virgen Madre de Dios” y su “Asunción” al cielo como “reina de todas las cosas.”

Y, cómo hemos notado, estas doctrinas representan las interpretaciones definitivas de la Iglesia de los textos de la Escritura sobre María.



Dogmas Marianos Modernos

En la última lección se enfocó en el dogma de la Inmaculada Concepción, la primera doctrina mariana proclamada en la época moderna. En esta lección final, vamos a estudiar el más reciente de los dogmas marianos, la Asunción, que fue declarada por el Papa Pio XII en 1950.

Ese dogma afirma que, al final de su tiempo en la tierra, la Virgen María fue asumida cuerpo y alma al cielo.

Como la Inmaculada Concepción, la Asunción no es un evento anotado en la Escritura. De hecho, la última mención de la Virgen María en la narración bíblica se refiere a con la vida de la Iglesia Primitiva entre los días de la Ascensión y Pentecostés (cfr. Hech. 1:14).

Sin embargo, en la encíclica *Munificentissimus Deus* (“Generosísimo Dios”), el papa Pio XII se refiere a una larga historia de la creencia en la Asunción de María, una tradición antigua expresada en homilías, oraciones, dedicatorias de iglesias y celebraciones de liturgias.

Subyacente a esta tradición estaba una vena muy rica de meditación e interpretación de la Escritura.

Al centro de esta tradición está la visión misteriosa de Apocalipsis 12. Como hemos visto en la cuarta lección, la celestial reina madre retratada en esta visión es a la vez un símbolo



de la Virgen María y de la Iglesia.

En esta lección final, queremos estudiar esta visión más de cerca.

Examinaremos cómo esta visión es la fundación del dogma de la Asunción. Y, por un estudio detenido del texto, vamos a ver cómo esta visión une muchas imágenes del Antiguo Testamento que describen a María y su lugar tan importante en el plan divino de salvación.

II. La “Mujer” de Apocalipsis 12

El Regreso del Arca

La imagen de la mujer en Apocalipsis 12 verdaderamente empieza en los últimos versículos de Apocalipsis 11, con la escena fantástica del templo revelado en el cielo junto con el arca de la alianza.

Tomemos en cuenta que las divisiones de los capítulos del Apocalipsis, como en todos los libros de la Biblia, son algo artificial súper puestas por escribanos de la Edad Media. En el original de san Juan, no había capítulos.

Como está escrito, la visión de san Juan fue así: “Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo y apareció el arca de su alianza en el Santuario...Un gran signo apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol, con la luna bajo su pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza...” (cfr. Apoc. 11:19-12:1).

Ya hemos explorado el retrato de María como el arca de la alianza en el Nuevo Testamento (ver la Tercera Lección).

Para entender esta escena, necesitamos saber la historia detrás del arca.

El arca había desaparecido alrededor del año 587 a.C., cuando el profeta Jeremías la escondió en una cueva antes que los babilonios invadieran y destruyeran el templo en Jerusalén (cfr. 2 Mac. 2:4-8).

Jeremías predijo que el arca iba a estar escondida hasta que “Dios recoja a su pueblo y le muestre misericordia.”

La aparición del arca de nuevo, entonces, fue vinculada con la muy esperada restauración del reino de Israel (cfr. Hech. 1:6).

Los profetas vieron esta restauración como un nuevo éxodo en el que regresarán todos los exiliados de Israel y que culminaría con que todas las naciones rindiendo culto en el Templo de Jerusalén (cfr. 2 Mac. 2:18; Is. 11:12, 15-16; Jer. 31:8,10; Ez. 36:25; 37:21; 38:8, 12).

Jeremías recuerda tanto el primer éxodo como el reino y el templo. Promete que “la gloria del Señor” se verá en una nube- como cuando vino al tabernáculo en la época de Moisés, y al Templo (“el lugar”) en el tiempo de Salomón (cfr. Éx. 40:34-35; 1 Re. 8:11).

Efectivamente, el regreso del arca iba a ser un signo del retorno de esa la presencia misma



de Dios a Israel. Sería un signo de que moraría entre su pueblo, lo que el arca había simbolizado siempre (cfr. Jer. 3:16-17; Ez. 37:37; Éx. 29:43-46).

Vemos todas estas imágenes y expectativas en el Apocalipsis de san Juan.

La visión del arca en san Juan evoca intencionalmente la gran “teofanía” o aparición de Dios a Moisés en el Monte Sinaí. (cfr. Ex. 19:16-17)

En el griego, las mismas palabras de Éxodo son traducidas en Apocalipsis 11:19: “relámpagos y fragor y truenos.”

La gran granizada del que habla san Juan en Apocalipsis 16:21 recuerda la tremenda tormenta con granizo de Éxodo 9:18,23, acompañada de fragor de trueno.

Como Moisés oyó “un fuerte sonido de trompeta,” san Juan, también, escucha la trompetas y fuertes voces en el cielo (cfr. Apoc. 11:15). El lenguaje otra vez nos acuerda de la teofanía de Moisés.

La escena también tiene ecos de la historia de la caída de Jericó, que marcó la entrada de Israel a la tierra prometida y el fin de su éxodo en el desierto.

Llevando el arca, los Israelitas marcharon alrededor de Jericó por siete días, y dando siete vueltas el séptimo día, tocando la trompeta que causó que los muros de la ciudad se derrumbaran (cfr. Jos. 6:1-20).

En el Apocalipsis, la séptima trompeta también provoca un temblor, señalando el comienzo de un nuevo mundo, el eterno reino de Jesús (cfr. Apoc. 11:15,19).

San Juan está mostrándonos el cumplimiento de la promesa de Jeremías, y la promesa del éxodo de Israel. Se ha restaurado el reino. Se ha revelado el arca.

Y el arca revela ser *una mujer*, como vemos en el versículo siguiente.



La Reina-Novia

Apocalipsis 12 ocupa imágenes del Antiguo Testamento para describir la “mujer” como madre de Jesús y madre de la Iglesia -que es el nuevo pueblo de Dios, la Jerusalén celestial y la novia de Cristo- (cfr. Apoc. 21:1-3; 9-13; 22-24).

Para entender lo que significa que María es la virgen y reina madre asunta al cielo, necesitamos mirar muy de cerca el uso que san Juan hace de las ideas e imágenes del Antiguo Testamento.

Como notamos en la Segunda Lección, Israel fue descrito a menudo en el Antiguo Testamento como una mujer, una hija virgen que se desposó con Dios en una relación de alianza comparada con una unión matrimonial.

En el Apocalipsis, san Juan presume esta idea del Antiguo Testamento y desarrolla la imagen de la Hija de Sión dando a luz al Mesías.



Al predecir la salvación de su pueblo, el profeta Isaías dijo que Israel sería adornado como una reina-novia, coronada gloriosamente, radiante con el brillo del sol y la luna (cfr. Is. 60:19-20; 62:3-5).

De la misma manera, la novia de Salomón es descrita como una reina radiante como la luna y el sol (cfr. Cant. 6:4,10).

San Juan, al ocupar estas imágenes del Antiguo Testamento, nos muestra la reina-novia, Israel.

Las doce estrellas de su corona obviamente recuerdan las doce tribus de Israel. Pero, en todo el Apocalipsis, las doce tribus se refieren también a los doce apóstoles, los representantes del nuevo Israel, el pueblo de Dios, la Iglesia (cfr. Apoc. 7:4-8; 21:12-14).

Entonces, la mujer en Apocalipsis es la Hija de Sión y María a la vez. Pero como la hija de Sión fue el símbolo de todo el pueblo de Dios—Israel—la mujer en san Juan también representa la Iglesia.

San Pablo, en un lenguaje semejante al del Apocalipsis, llama a la Iglesia, “la Jerusalén de arriba...nuestra madre” (cfr. Gál. 4:26-27; Is. 54:1), y habló de la Iglesia como la novia de Cristo (cfr. Ef. 5:31-32). San Juan se refirió a la Iglesia como “Señora” (cfr. 2 Jn. 5).

Entonces, es natural ver que María, según lo presentado en Apocalipsis, es la madre de la Iglesia, y símbolo de la Iglesia entera que da a luz un nuevo pueblo de Dios.

De hecho, María, como madre de la Iglesia, se dice que tiene “hijos” además del hijo varón a quien dio a luz. Estos hijos son los que creen en Jesús, según Apocalipsis 12:17.

San Juan describe a la mujer con dolores de parto, lo cual evoca las imágenes del Antiguo Testamento de la hija de Sión en parto: sufriendo en el exilio, esperando el nacimiento de su salvación. (cfr. Mi. 4:10; Is. 26:17-19)

Isaías dijo que la hija de Sión, en medio de la “voz estruendosa de la ciudad, voz del Templo, voz de Yahvé” daría a luz a un varón y a más hijos (cfr. Is. 66:6-10). La escena es semejante al Apocalipsis.

También es de notar, que las palabras de san Juan en Apocalipsis 12:1-2 parecen evocar intencionalmente la profecía de Isaías sobre el nacimiento del Mesías (cfr. Is. 7:10,14). En ambos, leemos de una señal en lo alto y de una mujer que da a luz a un hijo.

San Juan está mostrándonos a la hija de Sión dando a luz al Mesías. El hijo nacido a la mujer “ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro”. Esto es una referencia al Salmo 2, que describe a Dios dándole a su hijo las naciones en herencia e instruyéndole a “regir a todas las naciones con cetro de hierro” (cfr. Apoc. 12:5; Sal. 2:7-9).

En otra parte del Nuevo Testamento, este salmo es interpretado como una profecía de Jesús (cfr. Hech. 13:32; Heb. 1:5). Así, al mostrarnos el nacimiento del mesías por medio de la hija de Sión, san Juan está diciéndonos al mismo tiempo que Jesús es el mesías y María la hija de Sión.

En la visión de san Juan, el niño-Cristo es llevado al cielo y entronizado, y una batalla se



entabla entre un gran Dragón y el ejército celestial.



El Proto Evangelio

Aquí tenemos una representación dramática de la promesa hecha por Dios en el jardín de Edén, el llamado: protoevangelium o primer evangelio (cfr. Gén. 3:15).

Hay que recordar que Dios prometió poner “enemistad” entre la serpiente y “la mujer” y entre sus respectivos “linajes.” “Él te pisará la cabeza mientras acechas tú su talón.”

Ahora examinemos la escena en Apocalipsis.

Otra vez hay una mujer y un dragón que san Juan identifica claramente como “la antigua serpiente,” el Diablo quién engañó al mundo entero (cfr. Apoc. 12:9). La mujer, entonces, ha de ser la nueva Eva predicha en Génesis.

La serpiente se detiene delante de la mujer para devorar a su Hijo. Y el nacimiento de este hijo y “del resto de sus hijos” es la ocasión de un combate mortal en que la serpiente es por fin derrotada.

La imagen final de la mujer en Apocalipsis 12 es de la mujer huyendo al desierto, a un lugar preparado para ella por Dios.

Más tarde en su visión, san Juan ve a la mujer con alas de águila para que pueda volar al desierto donde Dios le alimentará (cfr. Apoc. 12:6, 14).

El lenguaje de san Juan aquí recuerda las palabras de Jesús a los apóstoles: que Él iba al cielo a “preparar un lugar” para ellos “para que donde esté yo, estén también ustedes” (Jn. 14:1-3).

La imagen de preparar un lugar es ocupada frecuentemente en el Nuevo Testamento para describir el destino que Dios tiene para sus hijos. Él les prepara un lugar a la derecha de Cristo (cfr. Mt. 20:23), y prepara un reino para los bendecidos (cfr. Mt. 25:34; 1 Pe. 1:5; 1 Cor. 2:9).

San Juan también evoca el cuidado de Israel por Dios en el desierto, donde llevaba a su pueblo sobre alas de águila en su época de prueba (Éx. 19:4; Deum. 1:31-33; 32:10-12). Ese cuidado de Dios en el desierto incluía nutrir a su pueblo con el pan del cielo (cfr. Deum. 8:2-3,6; Sal. 77:24-25; 104:40; Sab. 16:20-21, 26).

III. De la Escritura a la Liturgia

Resumen del Apocalipsis

¿Qué aprendemos sobre María en Apocalipsis 12, y cómo está relacionado este pasaje a la creencia católica en su Asunción?



En primer lugar, encontramos en el Apocalipsis todas las imágenes bíblicas de María que hemos compartido en este curso. Ella es retratada como la nueva arca de la alianza, la nueva Eva, la hija de Sión, y la reina madre del reino de Dios.

Ella es vista como virgen y madre, dando a luz al Mesías, y también como madre espiritual de todos los que guardan los mandamientos y dan testimonio a Jesús.

Ella encarna o representa a todo el pueblo de Dios. Ella experimenta la protección y alimentación en el desierto del mundo, y vuela a un lugar preparado para ella por Dios.

Vemos, pues el boceto de la base bíblica de esta gran doctrina mariana: Puesto que María es la nueva Eva, predestinada por Dios desde antes del jardín del Edén a ser el arca de su nueva alianza, a dar a luz al Hijo unigénito de Dios, el Autor de la Vida (cfr. Hech. 3:15), María fue protegida de la serpiente y llevada en alas de águila a un lugar preparado por ella por Dios.



La Fiesta de la Asunción

Se puede encontrar la interpretación de la Iglesia de estos textos bíblicos en las lecturas de las misas de la fiesta de la Asunción (misa de vísperas y misa del día), el 14 y 15 de agosto.

La misa de vísperas empieza con una lectura del primer libro de Crónicas (1 Crón. 15:3-4, 15-16; 16:1-2) sobre David y “la traída de la arca de la alianza al lugar que había preparado para ella.”

El salmo de la misa de vísperas de igual manera celebra este evento: “¡Levántate, Yahvé, hacia tu reposo, ven con el arca de tu poder!” (cfr. Sal. 132:8).

La epístola da acción de gracias por la victoria sobre la muerte que nos ganó Cristo (1 Cor. 15:54-57). El evangelio celebra a María no solamente como la madre de Cristo sino como alguien que ha escuchado la palabra de Dios y la ha guardado (cfr. Lc. 11:27-28).

La primera lectura de la misa del día es del Apocalipsis, empezando con la visión de la arca en el templo celestial (cfr. Apoc. 11:19-12:1-6, 10).

El salmo presenta a una reina que está a la derecha del rey (Salmo 45), mientras la epístola representa a Cristo como un rey que pone a todos su enemigos bajo sus pies, “el último enemigo en ser destruido será la muerte” (cfr. 1 Cor. 15:20-27).

Finalmente, el evangelio de la misa de la Asunción es la Visitación de María a Elizabeth (cfr. Lc. 1:39-56) que, como hemos visto en las lecciones previas, evoca a María como el arca de la alianza.

En las liturgias de la Asunción, entonces, vemos que la Iglesia identifica a María con el cumplimiento de varias figuras del Antiguo Testamento. María es mostrada como el arca de la alianza, conteniendo la presencia del Señor. Y la vemos descrita como la hija de Sión, la nueva Eva, y la reina del cielo.

También la vemos como símbolo del pueblo de Dios. Como Apocalipsis describe a sus



hijos guardando los mandamientos de Dios y dando testimonio a Jesús (cfr. Apoc. 12:17), también ella es aclamada por Jesús porque oyó la palabra de Dios y la guardó (cfr. Lc. 11:27-28).

Retratada en las Escrituras como el modelo de los creyentes y la nueva Eva, es muy congruente que el dogma y el culto de la Iglesia asocien a María con la victoria de Cristo sobre la muerte que había venido al mundo por el primer Adán y la primera Eva (cfr. 1 Cor. 15:20-27).

IV. Preguntas para compartir

- ¿Cuáles son las cuatro mayores figuras del Antiguo Testamento usadas para representar a la Virgen María en el Nuevo Testamento?
- ¿Qué hizo Jeremías con el arca de la alianza antes de la destrucción de Jerusalén?
- ¿Por qué podemos decir que el libro del Apocalipsis nos enseña que la Virgen María es el cumplimiento de la promesa de Jeremías sobre el retorno del arca?
- ¿Cómo demuestra Apocalipsis 12 que la Virgen María es la hija de Sión, adornada como reina y novia?
- ¿En qué sentido Apocalipsis 12 es el cumplimiento del proto-evangelio?



Para la reflexión personal

Reflexione sobre las grandes imágenes bíblicas de María que hemos estudiado en este curso: la nueva Eva, la hija de Sión, el arca de la alianza, y la reina madre. ¿Cómo puede la comprensión de estas imágenes ayudarte a profundizar nuestra devoción a María y su Hijo?



Para la aplicación práctica

- ¿Cómo nuestra devoción a María nos conduce a acercarnos a su Hijo?